

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



FÁTIMA 2010

Benedicto XVI
en Fátima

Una peregrinación
bajo el signo
de la esperanza

Consagración
de los sacerdotes
al Corazón
Inmaculado
de María

Los «secretos»
de Fátima

La devoción al
Corazón de Jesús
y la perfección
de la persona



«Pidamos con confianza filial a Nuestra Señora que nos enseñe a traer el Cielo a la tierra: ¡Oh, Virgen María, enséñanos a creer, adorar, esperar y amar contigo! Indícanos el camino hacia el Reino de Jesús, la vía de la infancia espiritual. Tú, Estrella de la Esperanza, que anhelante nos esperas en la Luz sin ocaso de la Patria celeste, brilla sobre nosotros y guíanos en las vicisitudes de cada día, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.»

Año LXVII- Núms. 947-948
Junio-Julio 2010

TARCISIO BERTONE: Homilía, 12 de mayo de 2010

Sumario

El viaje apostólico del Papa a Portugal

Una peregrinación bajo el signo de la esperanza <i>José María Alsina Casanova, hnssc</i>	3
Palabras a los periodistas durante el vuelo hacia Portugal	6
Recibimiento oficial en el aeropuerto de Lisboa	8
Homilía de la misa en Terreiro do Paço, de Lisboa	9
Discurso en el Centro Cultural de Belén (Lisboa)	11
Oración del Papa a la Virgen en la capilla de las Apariciones	13
Vísperas en la iglesia de la Santísima Trinidad (Fátima)	14
Acto de consagración de los sacerdotes al Corazón Inmaculado de María	16
Bendición de las antorchas en la explanada del Santuario	17
Homilía del cardenal Tarcisio Bertone en el atrio del Santuario	18
Homilía en la misa en la explanada del Santuario	20
Discurso en el encuentro con las organizaciones de la pastoral social	23
Discurso a los obispos de Portugal	25
Homilía en la misa celebrada en la avenida de los Aliados (Oporto)	27
Discurso de despedida en el aeropuerto de Oporto	29
Los secretos de Fátima	30
«La mayor persecución de la Iglesia no procede de enemigos externos» <i>Gerardo Manresa Presas</i>	32
<hr/>	
Contemplando la vida de Cristo. Jesús vuelve a Galilea <i>Ramón Gelpí</i>	35
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	37
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	38
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	40

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

EL pasado mes de mayo, entre el 11 y el 14, el papa Benedicto XVI estuvo en Portugal. Y aunque se desplazó a Lisboa y a Oporto, el centro del viaje fue el santuario de Fátima. Aquí se conmemoraba el décimo aniversario de la beatificación, efectuada por Juan Pablo II, de los videntes Francisco y Jacinta. Por eso, aunque formalmente la Santa Sede habló de un «viaje apostólico», el viaje del Papa fue una auténtica peregrinación. Así se expresaba Benedicto XVI en la homilía de la misa celebrada en la explanada del Santuario el 13 de mayo:

«Hermanas y hermanos amadísimos, también yo he venido como peregrino, a esta “casa” que María ha elegido para hablarnos en estos tiempos modernos. He venido a Fátima para gozar de la presencia de María y de su protección materna. He venido a Fátima, porque hoy converge hacia este lugar la Iglesia peregrina, querida por su Hijo como instrumento de evangelización y sacramento de salvación. He venido a Fátima a rezar, con María y con tantos peregrinos, por nuestra humanidad afligida por tantas miserias y sufrimientos. En definitiva, he venido a Fátima, con los mismos sentimientos de los beatos Francisco y Jacinta y de la sierva de Dios Lucía, para hacer ante la Virgen una profunda confesión de que “amo”, de que la Iglesia y los sacerdotes “aman” a Jesús y desean fijar sus ojos en Él, mientras concluye este Año Sacerdotal, y para poner bajo la protección materna de María a los sacerdotes, consagrados y consagradas, misioneros y todos los que trabajan por el bien y que hacen de la Casa de Dios un lugar acogedor y benéfico».

CRISTIANDAD dedica el presente número a la peregrinación del Papa a Fátima y reproduce las homilías y discursos que pronunció en los cuatro días de estancia en Portugal. Los textos tienen una unidad, que puede quedar reflejada en unas palabras pronunciadas a la llegada al aeropuerto de Lisboa: «La Virgen María bajó del cielo para recordarnos verdades del Evangelio que son una fuente de esperanza para la humanidad, fría de amor y sin esperanza de salvación». Nuestro colaborador José María Alsina, que estuvo presente en Fátima, concreta los objetivos del Papa en tres puntos: «confiar las alegrías y esperanzas de la humanidad a la Señora y muy especialmente la vida y el ministerio de los sacerdotes, consagrándolos a su Corazón Inmaculado; recordar la actualidad del mensaje de Fátima como permanente llamada a la oración, a la penitencia y a la conversión para que todos los hombres se salven y alcancen la santidad; invitar a “alegrarse plenamente en el Señor, porque su amor misericordioso, que acompaña nuestra peregrinación en esta tierra, es la fuente de nuestra gran esperanza”».

En estos tiempos de gravísima secularización, en estos tiempos en que la Iglesia, y el Papa en particular, son objeto de una campaña de difamación y calumnia, Fátima nos invita a la oración, a la penitencia y a la conversión, y nos conforta con la esperanza del triunfo del Corazón Inmaculado de María que prometió a los tres pastorcillos en Cova de Iria hace ahora noventa y tres años.

Una peregrinación bajo el signo de la esperanza

JOSÉ MARÍA ALSINA CASANOVA, HNSSC

El encuentro con los sacerdotes y consagrados

CON motivo del X aniversario de la beatificación de los videntes Francisco y Jacinta y la celebración del centenario del nacimiento de esta última Benedicto XVI visitó, como peregrino de la fe y testigo de amor y de esperanza, el santuario de Nuestra Señora de Fátima los pasados 12 y 13 de mayo.

Era la primera vez que, como Papa, acudía a este lugar santo, y lo hacía «movido por una deuda de gratitud con la Virgen María, quien precisamente aquí –decía en sus palabras pronunciadas ante los obispos portugueses– ha transmitido a sus videntes y a los peregrinos un amor intenso por el Santo Padre».

El viaje estaba programado mucho antes de que se cernieran sobre la Iglesia y la persona del «dulce Cristo en la tierra» todo el cúmulo de acusaciones lanzadas desde los medios de comunicación en los últimos meses. En este «vía crucis» misterioso por el que el Señor conduce a su Vicario y a su Esposa la Iglesia, la Señora ha querido salir al encuentro de quien nos preside en la caridad para que, consolado y confortado, pueda proseguir en su misión de conducir al rebaño de Cristo por las sendas de la fe, de la esperanza y del amor.

Tres podríamos decir que eran los objetivos del Papa en su visita a la «casa que María ha elegido para hablarnos en estos tiempos modernos»: confiar las alegrías y esperanzas de la humanidad a la Señora y muy especialmente la vida y el ministerio de los sacerdotes, consagrándolos a su Corazón Inmaculado; recordar la actualidad del mensaje de Fátima como permanente llamada a la oración, a la penitencia y a la conversión para que todos los hombres se salven y alcancen la santidad; invitar a «alegrarse plenamente en el Señor, porque su amor misericordioso, que acompaña nuestra peregrinación en esta tierra, es la fuente de nuestra gran esperanza».

Después de saludar a la Virgen en la Capelinha y ofrecerle una Rosa de Oro como signo de gratitud «por las maravillas que el Omnipotente ha realizado por su mediación en los corazones de tantos peregrinos que acuden a esta su casa materna», el Papa se dirigió a la basílica de la Santísima Trinidad don-

de presidió la oración litúrgica de las Vísperas acompañado por un grupo numeroso de cardenales y obispos y varios miles de sacerdotes, seminaristas y consagrados. En este encuentro de oración ante el Santísimo Sacramento expuesto en el altar el Papa quiso expresar el aprecio y el reconocimiento de la Iglesia a quienes han entregado sus vidas a Cristo, exhortando, a su vez, a tener como principal preocupación y empeño la fidelidad y la lealtad a la propia vocación. Como broche final de esta oración vespertina, Benedicto XVI se dirigió a la Virgen «Abogada y Mediadora de Gracia» para confiar a todos los sacerdotes a su Corazón Inmaculado rogándole: «que tu presencia haga reverdecer el desierto de nuestras soledades y brillar el sol en nuestras tinieblas, haga que torne la calma a la tempestad, para que todo hombre vea la salvación del Señor, que tiene el nombre y el rostro de Jesús reflejado en nuestros corazones, unidos para siempre al tuyo».

El rezo del Rosario ante la Señora en la Capelinha

CUANDO la noche había caído sobre aquel lugar donde hacía 93 años «el Cielo se abrió precisamente sobre Portugal, como una ventana de esperanza que Dios abre cuando el hombre le cierra la puerta», la multitud congregada junto a Pedro se dispuso a rezar la oración del Rosario junto a la Señora de la Capelinha. El Papa introdujo esta oración con una confesión dolorosa y una invitación profética a la misión y al testimonio: «En nuestro tiempo, cuando en extensas regiones de la tierra la fe corre peligro de apagarse como una llama que se extingue, la prioridad más importante de todas es hacer a Dios presente en este mundo. No a un dios cualquiera, sino al Dios que ha hablado en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor hasta el extremo (cf. Jn 13, 1), en Cristo crucificado y resucitado (...) No tengáis miedo de hablar de Dios y de mostrar sin complejos signos de la fe, haciendo resplandecer a los ojos de vuestros contemporáneos la luz de Cristo...».

A continuación el Papa, reclinándose ante la Señora, dirigió el Santo Rosario recitando la primera

parte del avemaría en latín. La respuesta a la segunda parte realizada en la multitud de lenguas de los fieles allí presentes convirtió la enorme explanada en un Cenáculo donde las velas encendidas nos recordaron las llamaradas de fuego del primer Pentecostés. A los pies de la Virgen el Papa rezaba y sufría y mientras desgranaba cada avemaría iba depositando con confianza en el Corazón de la Virgen «las preocupaciones y las esperanzas de nuestro tiempo, los sufrimientos de la humanidad herida y los problemas del mundo».

La misa del 13 de mayo

UNA vez que se retiró el Papa dio comienzo una larga vigilia de oración que tuvo como pórtico la misa presidida por el Secretario de Estado del Vaticano, cardenal Tarcisio Bertone, y concelebrada por los cardenales, obispos y sacerdotes allí presentes. En la homilía de la misa, el cardenal, invitando a mirar a los Pastorcitos, recordó la actualidad y necesidad del mensaje evangélico de la infancia espiritual: «Si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18, 3). Para entrar en el Reino, hemos de hacernos humildes, cada vez más humildes y pequeños, lo más pequeños posible: éste es el secreto de la vida mística. La verdadera vida espiritual comienza con un auténtico acto de humildad, renunciando a la difícil posición de sentirse siempre el centro del universo y abandonándose en los brazos del misterio de Dios, con alma de niño». La homilía del cardenal fue un hermoso preámbulo y la mejor preparación para todo lo que íbamos a vivir en la mañana de aquel inolvidable 13 de mayo.

A las 9.30 de la mañana las campanas del santuario empezaron a tañer con toda su fuerza, anunciando con gozo la presencia en el «altar del mundo» de quien, en nombre del Señor, venía a confirmar a su Iglesia en la fe, en la esperanza y en la caridad. Entre un mar de pañuelos blancos agitados por la multitud se abrió paso el papamóvil desde donde Benedicto XVI saludaba y bendecía a aquella multitud que en torno al medio millón de peregrinos se congregaba en la explanada. Mientras el Santo Padre se retiró a la sacristía para revestirse, la imagen de Nuestra Señora recorrió la explanada del Santuario. El fervor y el cariño de los fieles hijos de la Virgen acompañaron los pasos de la imagen hasta el altar donde el Santo Padre, unido a varios cardenales, casi un centenar de obispos y más de tres mil sacerdotes ofrecerían el sacrificio eucarístico.

El Santo Padre comenzó su homilía con estas palabras: «Yo he venido como peregrino, a esta “casa” que María ha elegido para hablarnos en estos

tiempos modernos. He venido a Fátima para gozar de la presencia de María y de su protección materna. He venido a Fátima, porque hoy converge hacia este lugar la Iglesia peregrina, querida por su Hijo como instrumento de evangelización y sacramento de salvación. He venido a Fátima a rezar, con María y con tantos peregrinos, por nuestra humanidad afligida por tantas miserias y sufrimientos. En definitiva, he venido a Fátima, con los mismos sentimientos de los beatos Francisco y Jacinta y de la sierva de Dios Lucía, para hacer ante la Virgen una profunda confesión de que “amo”, de que la Iglesia y los sacerdotes “aman” a Jesús y desean fijar sus ojos en Él, mientras concluye este Año Sacerdotal, y para poner bajo la protección materna de María a los sacerdotes, consagrados y consagradas, misioneros y todos los que trabajan por el bien y que hacen de la Casa de Dios un lugar acogedor y benéfico».

De este modo tan sencillo y profundo el Papa recordaba al mundo el «secreto» y la razón de ser de la Iglesia Santa, Esposa que es amada y ama siempre a su Señor. Los intentos por parte de los enemigos de fuera y de dentro de ensuciar el rostro hermoso de quien ha sido desposada con la sangre del Cordero nunca prevalecerán, porque en el Corazón de esta Esposa y Madre siempre late y laterá la Gran Esperanza, que es «que el Señor está con nosotros y que en su amor misericordioso se ofrece un futuro a su pueblo; un futuro de comunión con Él».

A continuación el Santo Padre poniendo como modelo y ejemplo a los pequeños videntes recordaría la actualidad del mensaje de Fátima. En primer lugar la llamada a la oración a través de la cual «Dios tiene poder de llegar hasta nosotros, en particular mediante los sentidos interiores, de forma que el alma recibe el toque suave de una realidad que se encuentra más allá de lo sensible y lo hace capaz de alcanzar lo no sensible, lo no visible a los sentidos... ¡Sí! Dios puede alcanzarnos, ofreciéndose a nuestra visión interior». Y como una llamada de atención de cómo la ausencia de oración es la más clara expresión de que la fe languidece, también entre los que nos llamamos creyentes, el Papa lanzaba esta pregunta: «Pero, ¿quien tiene tiempo para escuchar su palabra y dejarse fascinar por su amor? ¿Quién vela, en la noche de la duda y de la incertidumbre, con el corazón alzado en oración? ¿Quién espera el alba del nuevo día teniendo encendida la llama de la fe?»

En Fátima la Virgen vino a recordar que el mundo se salvará por la oración, porque de ella brota la Gran Esperanza y, en este sentido, recordaba el Papa: «La fe en Dios abre al hombre una esperanza cierta que no decepciona; indica un sólido fundamento sobre el que apoyar sin miedo la propia vida; requiere el abandono, lleno de confianza, en las manos del Amor que sostiene el mundo»



El santuario de Fátima con los retratos de los beatos Francisco y Jacinta, beatificados por Juan Pablo II el 13 de mayo de 2000.

El segundo aspecto en el que Benedicto XVI quiso centrarse en su homilía fue el valor y la importancia del sacrificio. El Papa recordando la actualidad del mensaje profético de Fátima, invitó a que cayéramos en la cuenta de la necesidad e importancia de responder a aquel ofrecimiento que la Virgen dirigió a los niños: «¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que quiera mandaros, en acto de reparación por los pecados con los que Él es ofendido, y de súplica por la conversión a los pecadores?» .

A continuación, el Papa, implícita pero claramente, hizo una referencia a los acontecimientos históricos que marcarían el siglo xx: «con la familia humana dispuesta a sacrificar sus vínculos más santos en el altar de estrechos egoísmos de nación, raza, ideología, grupo, individuo». Las apariciones de la Virgen en Fátima son precisamente la manifestación del corazón solícito de la Madre que ante estos hechos que sacudían y amenazaban la historia del siglo xx pediría como remedio y reparación la oración y el sacrificio de «cuantos se confían a ella al Amor de Dios que late en el suyo».

La homilía del Papa concluyó con una invitación a la esperanza por el hecho de que las palabras de la

Señora a los pastorcitos ya han sido acogidas por multitud de hombres y mujeres: «entonces eran sólo tres, cuyo ejemplo de vida se ha multiplicado en grupos innumerables por toda la superficie de la tierra». Y, con el deseo de que esta respuesta de amor de tantas almas que ofrecen su oración y su sacrificio pueda producir los esperados frutos prometidos por la Virgen, Benedicto XVI concluyó diciendo «que en estos siete años que nos separan del centenario de las Apariciones puedan apresurar el preanunciado triunfo del Corazón Inmaculado de María para la gloria de la Santísima Trinidad».

La celebración de la misa tuvo una significativa conclusión. Queriendo poner de relieve la centralidad del culto a la presencia real de Cristo en la Eucaristía, el Papa expuso el Santísimo Sacramento. Durante unos minutos el Vicario de Cristo permaneció de rodillas ante el Señor Sacramentado acompañado por el silencio y el fervor de los fieles que hacían presente a la Iglesia entera y a la humanidad. A continuación el Papa, antes de dar la bendición, dirigió unas hermosas palabras a los enfermos, recordándoles la misión de ser en unión con Jesús, «redentores con el Redentor».

Finalmente, la imagen de la Virgen fue llevada con las andas desde el altar hasta la explanada. El Papa fue siguiéndola con la mirada, mientras la Reina de Fátima se abría paso entre la multitud de hombres y mujeres, muchos de ellos jóvenes (centenares del «camino neocatecumenal»), que movían sus pañuelos como signo de despedida y amor filial a la Madre del Cielo.

Damos gracias a Dios por el inmenso don de esta peregrinación de Benedicto XVI, «signo luminoso de esperanza» para la Iglesia y la humanidad en medio de las tinieblas y oscuridades de nuestra historia. Y como resumen de la misma, recogemos las palabras que el Sucesor de Pedro dirigió en la audiencia del pasado 19 de mayo con las que se refirió a la experiencia vivida en la «casa de Nuestra Señora»: «Recordando las palabras del profeta Isaías, invité a esta inmensa asamblea reunida, con gran amor y devoción, a los pies de la Virgen a alegrarse plenamente en el Señor (cf. Is 61, 10), porque su amor misericordioso, que acompaña nuestra peregrinación sobre esta tierra, es la fuente de nuestra gran esperanza. Y precisamente de esperanza está lleno el mensaje comprometido y al mismo tiempo consolador que la Virgen dejó en Fátima. Es un mensaje centrado en la oración, en la penitencia y en la conversión, que se proyecta más allá de las amenazas, los peligros y los horrores de la historia, para invitar al hombre a tener confianza en la acción de Dios, a cultivar la gran Esperanza, a hacer experiencia de la gracia del Señor para enamorarse de Él, fuente del amor y de la paz».

«Vengo como peregrino de Nuestra Señora de Fátima»

Palabras del Papa a los periodistas durante el vuelo hacia Portugal

Martes, 11 de mayo

PADRE LOMBARDI.— Santidad, ¿qué preocupaciones y sentimientos tiene respecto a la situación de la Iglesia en Portugal? ¿Qué se puede decir a Portugal, profundamente católico en el pasado y que ha llevado la fe por el mundo, pero hoy en vías de profunda secularización, tanto en la vida cotidiana como en el ámbito jurídico y cultural? ¿Cómo anunciar la fe en un contexto indiferente y hostil a la Iglesia?

PAPA.— Ante todo, buenos días a todos y espere-
mos un buen viaje, no obstante la famosa nube bajo la cual estamos. Por lo que se refiere a Portugal, tengo sólo sentimientos de alegría, de gratitud, por todo lo que ha hecho y hace este país en el mundo y en la historia, y por la honda humanidad de este pueblo, que he podido conocer en una visita y con tantos amigos portugueses. Diría que es verdad, muy cierto, que Portugal ha sido una gran fuerza de la fe católica; ha llevado esta fe a todas las partes del mundo; una fe valiente, inteligente y creativa. Ha sabido crear mucha cultura, como vemos en Brasil y en Portugal mismo, así como en la presencia del espíritu portugués en África o en Asia. Por otro lado, la presencia del secularismo no es algo totalmente nuevo. La dialéctica entre secularismo y fe tiene una larga historia en Portugal. Ya en el siglo XVIII hay una fuerte presencia de la Ilustración; baste pensar en el nombre de Pombal. Así, pues, vemos que Portugal ha vivido siempre en estos siglos en la dialéctica que, naturalmente, ahora se ha radicalizado y se manifiesta con todos los signos del espíritu europeo de hoy. Y eso me parece un desafío, y también una gran posibilidad. En estos siglos de dialéctica entre Ilustración, secularismo y fe, nunca han faltado quienes han querido tender puentes y crear un diálogo, aunque, lamentablemente, la tendencia dominante ha sido la de la contraposición y la exclusión uno del otro. Hoy vemos que precisamente esta dialéctica es una *chance*, que hemos de encontrar una síntesis y un diálogo profundo y de vanguardia. En la situación multicultural en la que todos estamos, se ve que una cultura europea que fuera únicamente racionalista no tendría la dimensión religiosa trascendente, no estaría en condiciones de entablar un diálogo con las grandes culturas de la humanidad, que tienen todas ellas esta dimensión religiosa trascendente, que es una dimensión del ser humano. Por tanto, pensar que hay sólo una razón pura,

antihistórica, sólo existente en sí misma, y que ésta sería «la» razón, es un error; descubrimos cada vez más que toca sólo una parte del hombre, expresa una cierta situación histórica, pero no es la razón en cuanto tal. La razón, como tal, está abierta a la trascendencia y sólo en el encuentro entre la realidad trascendente, la fe y la razón, el hombre se encuentra a sí mismo. Por tanto, pienso que precisamente el cometido y la misión de Europa en esta situación es encontrar este diálogo, integrar la fe y la racionalidad moderna en una única visión antropológica, que completa el ser humano y que hace así también comunicables las culturas humanas. Por eso, diría que la presencia del secularismo es algo normal, pero la separación, la contraposición entre secularismo y cultura de la fe es anómala y debe ser superada. El gran reto de este momento es que ambos se encuentren y, de este modo, encuentren su propia identidad. Como he dicho, ésta es una misión de Europa y una necesidad humana de esta historia nuestra.

PADRE LOMBARDI.— Gracias, Santidad, sigamos entonces con el tema de Europa. La crisis económica se ha agravado recientemente en Europa y afecta particularmente también a Portugal. Algunos líderes europeos piensan que el futuro de la Unión Europea está en peligro. ¿Qué lección se puede aprender de esta crisis, también en el plano ético y moral? ¿Cuáles son las claves para consolidar la unidad y la cooperación de los países europeos en el futuro?

PAPA.— Diría que precisamente esta crisis económica, con su componente moral, que nadie puede dejar de ver, es un caso de aplicación, de concreción de lo que he dicho antes, es decir, que dos corrientes culturales separadas deben encontrarse; de otro modo no encontramos el camino hacia el futuro. Vemos también aquí un falso dualismo, esto es, un positivismo económico que piensa poderse realizar sin la componente ética, un mercado que sería regulado solamente por sí mismo, por las meras fuerzas económicas, por la racionalidad positivista y pragmatista de la economía; la ética sería otra cosa, extraña a esto. En realidad, ahora vemos que un puro pragmatismo económico, que prescinde de la realidad del hombre —que es un ser ético— no concluye positivamente, sino que crea problemas insolubles. Por eso, ahora es el momento de ver cómo la ética

no es algo externo, sino interno a la racionalidad y al pragmatismo económico. Por otro lado, hemos de confesar también que la fe católica, cristiana, era con frecuencia demasiado individualista, dejaba las cosas concretas, económicas, al mundo, y pensaba sólo en la salvación individual, en los actos religiosos, sin ver que éstos implican una responsabilidad global, una responsabilidad respecto al mundo. Por tanto, también aquí hemos de entablar un diálogo concreto. En mi encíclica *Caritas in veritate* —y toda la tradición de la doctrina social de la Iglesia va en este sentido— he tratado de ampliar el aspecto ético y de la fe más allá del individuo, a la responsabilidad respecto al mundo, a una racionalidad «performada» de la ética. Por otra parte, lo que ha sucedido en el mercado en estos últimos dos o tres años ha mostrado que la dimensión ética es interna y debe entrar dentro de la actividad económica, porque el hombre es uno y se trata del hombre, de una antropología sana, que implica todo, y sólo así se resuelve el problema, sólo así Europa desarrolla y cumple su misión.

PADRE LOMBARDI.— Gracias. Hablemos ahora de Fátima, donde tendrá lugar un poco el culmen también espiritual de este viaje. Santidad, ¿qué significado tienen para nosotros las apariciones de Fátima? Cuando usted presentó el texto del tercer secreto de Fátima en la Sala de Prensa Vaticana, en junio de 2000, estábamos varios de nosotros y otros colegas de entonces, y se le preguntó si el mensaje podía extenderse, más allá del atentado a Juan Pablo II, también al sufrimiento de los papas. Según usted, ¿es posible encuadrar igualmente en aquella visión el sufrimiento de la Iglesia de hoy, por los pecados de abusos sexuales de los menores?

PAPA.— Ante todo, quisiera expresar mi alegría de ir a Fátima, de rezar ante la Virgen de Fátima, que para nosotros es un signo de la presencia de la fe, que precisamente de los pequeños nace una nueva fuerza de la fe, que no se reduce a los pequeños, sino que tiene un mensaje para todo el mundo y toca la historia precisamente en su presente e ilumina esta historia. En 2000, en la presentación, dije que una aparición, es decir, un impulso sobrenatural, que no proviene solamente de la imaginación de la persona, sino en realidad de la Virgen María, de lo sobrenatural, que un impulso de este tipo entra en un sujeto y se expresa en las posibilidades del sujeto. El sujeto está determinado por sus condiciones históricas, personales, temperamentales y, por tanto, traduce el gran impulso sobrenatural según sus posibilidades de ver, imaginar, expresar; pero en estas expresiones articuladas por el sujeto se esconde un contenido que va más allá, más profundo, y sólo en el curso de la historia podemos ver toda la hondura,

que estaba, por decirlo así, «vestida» en esta visión posible a las personas concretas. De este modo, diría también aquí que, además de la gran visión del sufrimiento del Papa, que podemos referir al papa Juan Pablo II en primera instancia, se indican realidades del futuro de la Iglesia, que se desarrollan y se muestran paulatinamente. Por eso, es verdad que además del momento indicado en la visión, se habla, se ve la necesidad de una pasión de la Iglesia, que naturalmente se refleja en la persona del Papa, pero el Papa está por la Iglesia y, por tanto, son sufrimientos de la Iglesia los que se anuncian. El Señor nos ha dicho que la Iglesia tendría que sufrir siempre, de diversos modos, hasta el fin del mundo. Lo importante es que el mensaje, la respuesta de Fátima, no tiene que ver sustancialmente con devociones particulares, sino con la respuesta fundamental, es decir, la conversión permanente, la penitencia, la oración, y las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. De este modo, vemos aquí la respuesta verdadera y fundamental que la Iglesia debe dar, que nosotros, cada persona, debemos dar en esta situación. La novedad que podemos descubrir hoy en este mensaje reside en el hecho de que los ataques al Papa y a la Iglesia no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en la Iglesia. También esto se ha sabido siempre, pero hoy lo vemos de modo realmente tremendo: que la mayor persecución de la Iglesia no procede de los enemigos externos, sino que nace del pecado en la Iglesia y que la Iglesia, por tanto, tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender, de una parte, el perdón, pero también la necesidad de la justicia. El perdón no sustituye la justicia. En una palabra, debemos volver a aprender estas cosas esenciales: la conversión, la oración, la penitencia y las virtudes teologales. De este modo, respondemos, somos realistas al esperar que el mal ataca siempre, ataca desde el interior y el exterior, pero también que las fuerzas del bien están presentes y que, al final, el Señor es más fuerte que el mal, y la Virgen para nosotros es la garantía visible y materna de la bondad de Dios, que es siempre la última palabra de la historia.

PADRE LOMBARDI.— Gracias, Santidad, por la claridad, por la profundidad de sus respuestas y por esta palabra final de esperanza que nos ha ofrecido. Le deseamos sinceramente que este viaje tan intenso se desarrolle serenamente y que pueda llevarlo a cabo con toda la alegría y profundidad espiritual que el encuentro con el misterio de Fátima nos inspira. Buen viaje a usted, e intentaremos hacer bien nuestro servicio y difundir objetivamente lo que usted haga.

«Lo que ocurrió hace ya 93 años fue un amoroso designio de Dios, cuando el cielo se abrió en Portugal»

Recibimiento oficial en el aeropuerto internacional de Lisboa

Martes, 11 de mayo

Señor Presidente de la República,
Ilustres autoridades de la nación,
Venerados hermanos en el Episcopado,
Señoras y señores

Hasta ahora no me había sido posible aceptar las amables invitaciones del señor presidente y de mis hermanos obispos para visitar esta amada y antigua nación, que conmemora este año el centenario de la proclamación de la República. Al pisar por vez primera su suelo desde que la divina Providencia me llamó a la Sede de Pedro, me siento honrado y agradecido por la presencia deferente y la acogida que todos ustedes me dispensan. Le agradezco, señor presidente, sus cordiales palabras de bienvenida, interpretando los sentimientos y anhelos del querido pueblo portugués. A todos, independientemente de su fe y religión, les dirijo mi saludo afectuoso, especialmente a quienes no hayan podido venir a este encuentro. Vengo como peregrino de Nuestra Señora de Fátima, investido por el Altísimo con la misión de confirmar a mis hermanos que peregrinan en su camino hacia el cielo.

En los albores de su nación, el pueblo portugués se dirigió al Sucesor de Pedro esperando en su arbitraje para ver reconocida su propia independencia nacional; más tarde, un predecesor mío, distinguió a Portugal, en la persona de su Rey, con el título de fidelísimo (cf. Pío II, bula *Dum tuam*, 25 de enero de 1460), por los elevados y prolongados servicios a la causa del Evangelio. Lo que ocurrió hace ya 93 años fue un amoroso designio de Dios, cuando el cielo se abrió precisamente en Portugal –como una ventana de esperanza que Dios abre cuando el hombre le cierra la puerta– para restaurar, en el seno de la familia humana, los vínculos de la solidaridad fraterna que se basan en el recíproco reconocimiento del mismo y único Padre; no depende del Papa, ni de ninguna otra autoridad eclesial: «No fue la Iglesia que impuso Fátima –diría el cardenal Manuel Cerejeira, de venerada memoria–, sino que fue Fátima, la que se impuso a la Iglesia».

La Virgen María bajó del cielo para recordarnos verdades del Evangelio que son una fuente de espe-

ranza para una humanidad, fría de amor y sin esperanza de salvación. Naturalmente, esta esperanza tiene, como primera y radical dimensión, no la relación horizontal, sino la vertical y transcendente. La relación con Dios es constitutiva del ser humano, que ha sido creado por Dios y destinado a Dios: por su propia estructura cognitiva busca la verdad, tiende al bien en la esfera volitiva, y en la dimensión estética es atraído por la belleza. La conciencia es cristiana en la medida en que se abre a la plenitud de la vida y de la sabiduría, que tenemos en Jesucristo. La visita, que ahora inicio bajo el signo de la esperanza, pretende ser una propuesta de sabiduría y de misión.

El justo ordenamiento de la sociedad deriva de una visión sapiencial de la vida y del mundo. Radicada en la historia, la Iglesia está abierta a colaborar con quien no excluye ni reduce al ámbito privado la esencial consideración del sentido humano de la vida. No se trata de una confrontación ética entre un sistema laico y un sistema religioso, sino de una cuestión de sentido, al cual se confía la propia libertad. El punto clave es el valor que se atribuye a la cuestión del sentido y a su implicación en la vida pública. El paso a la república, que se llevó a cabo en Portugal hace un siglo, ha establecido, con la distinción entre la Iglesia y el Estado, un nuevo espacio de libertad para la Iglesia, formalizado en los dos concordatos de 1940 y 2004, en contextos culturales y perspectivas eclesiales muy marcados por rápidos cambios. Los sufrimientos causados por las transformaciones han sido afrontados generalmente con valentía. Vivir en la pluralidad de sistemas de valores y de cuadros éticos requiere un viaje al centro del propio yo y al núcleo del cristianismo para reforzar la calidad del testimonio hasta la santidad, para encontrar caminos de misión hasta la radicalidad del martirio.

Queridos hermanos y amigos portugueses, os agradezco de nuevo vuestra cordial bienvenida. Que Dios bendiga a cuantos os encontráis aquí y a todos los habitantes de esta noble y amada nación, que confío a Nuestra Señora de Fátima, imagen sublime del amor de Dios que abraza a todos como hijos.

«Buscad cada día la protección de María, Madre del Señor y espejo de toda santidad»

Homilía de la misa en Terreiro do Paço, de Lisboa

Martes, 11 de mayo

Queridos hermanos y hermanas,
jóvenes amigos

«Id y haced discípulos de todos los pueblos, [...] enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Estas palabras de Cristo resucitado tienen un significado particular en esta ciudad de Lisboa, de donde han salido numerosas generaciones de cristianos –obispos, sacerdotes, personas consagradas y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y menos jóvenes– obedeciendo a la llamada del Señor y armados simplemente con esta certeza que Él les dejó: «Yo estoy con vosotros todos los días». Portugal se ha ganado un puesto glorioso entre las naciones por el servicio prestado a la difusión de la fe: en las cinco partes del mundo, hay Iglesias particulares nacidas gracias a la acción misionera portuguesa.

En tiempos pasados, vuestro ir en busca de otros pueblos no ha impedido ni destruido los vínculos con lo que erais y creáis, más aun, habéis logrado transplantar experiencias y particularidades con sabiduría cristiana, abriéndoos a las aportaciones de los demás para ser vosotros mismos, en una aparente debilidad que es fuerza. Hoy, al participar en la construcción de la Comunidad Europea, lleváis la contribución de vuestra identidad cultural y religiosa. En efecto, Jesucristo, del mismo modo que se unió a los discípulos en el camino de Emaús, camina también con nosotros según su promesa: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Aunque de modo diferente a los Apóstoles, también nosotros tenemos una experiencia auténtica y personal de la presencia del Señor resucitado. Se supera la distancia de los siglos, y el Resucitado se ofrece vivo y operante por medio de nosotros en el hoy de la Iglesia y del mundo. Ésta es nuestra gran alegría. En el caudal vivo de la Tradición de la Iglesia, Cristo no está a dos mil años de distancia, sino que está realmente presente entre nosotros y nos da la Verdad, nos da la Luz que nos hace vivir y encontrar el camino hacia el futuro.

Está presente en su Palabra, en la asamblea del

Pueblo de Dios con sus pastores y, de modo eminente, Jesús está con nosotros aquí en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. Saludo al señor cardenal patriarca de Lisboa, a quien agradezco las amables palabras que me ha dirigido al comienzo de la celebración, en nombre de su comunidad, que me acoge y que abrazo con sus casi dos millones de hijos e hijas. Dirijo un saludo fraterno y amistoso a todos los presentes, queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos consagrados, consagradas y laicos comprometidos, queridas familias, queridos jóvenes, catecúmenos y bautizados, y que extendiendo a los que se unen a nosotros mediante la radio y la televisión. Agradezco cordialmente al señor presidente de la República su presencia, y a las demás autoridades, con una mención especial del alcalde de Lisboa, que ha tenido la amabilidad de honrarme con la entrega de las llaves de la ciudad.

Lisboa amiga, puerto y refugio de tantas esperanzas que ponía en ti quien partía, y que albergaba quien te visitaba; me gustaría usar hoy estas llaves que me has entregado para que puedas fundar tus esperanzas humanas en la divina Esperanza. En la lectura que acabamos de proclamar, tomada de la primera carta de san Pedro, hemos oído: «Yo coloco en Sión una piedra angular, escogida y preciosa; el que crea en ella no quedará defraudado». Y el Apóstol explica: acercaos al Señor, «la piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios» (1 Pe 2,6.4). Hermanos y hermanas, quien cree en Jesús no quedará defraudado; esto es Palabra de Dios, que no se engaña ni puede engañarnos. Palabra confirmada por una «muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas», y que el autor del Apocalipsis ha visto «vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos» (Ap 7,9). En esta innumerable multitud, no están sólo los santos Verísimo, Máxima y Julia, martirizados aquí en la persecución de Diocleciano, o san Vicente, diácono y mártir, patrón principal del Patriarcado, san Antonio y san Juan de Brito, que salieron de

aquí para sembrar la buena semilla de Dios en otras tierras y pueblos, o san Nuño de Santa María, que he inscrito en el libro de los santos hace algo más de un año. De ella forman parte también los «siervos de nuestro Dios» de todo tiempo y lugar, que llevan marcada su frente con el signo de la cruz, con el sello «de Dios vivo» (Ap 7,2), el Espíritu Santo. Éste es el rito inicial que se ha realizado en cada uno de nosotros en el Bautismo, sacramento por el que la Iglesia da a luz a los «santos».

Sabemos que no le faltan hijos reacios e incluso rebeldes, pero es en los santos donde la Iglesia reconoce sus propios rasgos característicos y, precisamente en ellos, saborea su alegría más profunda. Todos tienen en común el deseo de encarnar el Evangelio en su existencia, bajo el impulso del eterno animador del Pueblo de Dios, que es el Espíritu Santo. Al fijar la mirada sobre sus propios santos, esta Iglesia particular ha llegado a la conclusión de que la prioridad pastoral de hoy es hacer de cada hombre y mujer cristianos una presencia radiante de la perspectiva evangélica en medio del mundo, en la familia, la cultura, la economía y la política. Con frecuencia nos preocupamos afanosamente por las consecuencias sociales, culturales y políticas de la fe, dando por descontado que hay fe, lo cual, lamentablemente, es cada vez menos realista. Se ha puesto una confianza tal vez excesiva en las estructuras y en los programas eclesiales, en la distribución de poderes y funciones, pero ¿qué pasaría si la sal se volviera insípida?

Para que esto no ocurra, es necesario anunciar de nuevo con vigor y alegría el acontecimiento de la muerte y resurrección de Cristo, corazón del cristianismo, el núcleo y fundamento de nuestra fe, recio soporte de nuestras certezas, viento impetuoso que disipa todo miedo e indecisión, cualquier



duda y cálculo humano. La resurrección de Cristo nos asegura que ningún poder adverso podrá jamás destruir la Iglesia. Así, pues, nuestra fe tiene fundamento, pero hace falta que esta fe se haga vida en cada uno de nosotros. Por tanto, se ha de hacer un gran esfuerzo capilar para que todo cristiano se convierta en un testigo capaz de dar cuenta siempre y a todos de la esperanza que lo anima (cf. 1 Pe 3,15). Sólo Cristo puede satisfacer plenamente los anhelos más profundos del corazón humano y dar respuesta a sus interrogantes que

más le inquietan sobre el sufrimiento, la injusticia y el mal, sobre la muerte y la vida del más allá.

Queridos hermanos y jóvenes amigos, Cristo está siempre con nosotros y camina siempre con su Iglesia, la acompaña y la protege, como Él nos dijo: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Nunca dudéis de su presencia. Buscad siempre al Señor Jesús, creed en la amistad con Él, recibidlo en la comunión. Aprended a escuchar su palabra y a reconocerlo también en los pobres. Vivid vuestra existencia con alegría y entusiasmo, seguros de su presencia y su amistad gratuita, generosa, fiel hasta la muerte de cruz. Dad testimonio a todos de la alegría por su presencia, fuerte y suave, comenzando por vuestros coetáneos. Decidles que es hermoso ser amigo de Jesús y que vale la pena seguirlo. Mostrad con vuestro entusiasmo que, de las muchas formas de vivir que el mundo parece ofrecernos hoy —aparentemente todas del mismo nivel—, la única en la que se encuentra el verdadero sentido de la vida y, por tanto, la alegría auténtica y duradera, es siguiendo a Jesús.

Buscad cada día la protección de María, Madre del Señor y espejo de toda santidad. Ella, la toda Santa, os ayudará a ser fieles discípulos de su Hijo Jesucristo.

La fidelidad al hombre exige la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de libertad

Discurso en el Centro Cultural de Belén (Lisboa)

Miércoles, 12 de mayo

Queridos hermanos en el Episcopado,
ilustres cultivadores del pensamiento, la ciencia
y el arte,
queridos amigos:

Siento una gran alegría al ver aquí reunido el conjunto multiforme de la cultura portuguesa, que de manera tan digna representáis: mujeres y hombres empeñados en la investigación y edificación de los varios saberes. Expreso a todos el testimonio de mi más alta estima y consideración, reconociendo la importancia de lo que hacéis y de lo que sois. El Gobierno, representado aquí por la señora ministra de Cultura, y a la que dirijo mi deferente y grato saludo, se preocupa por las prioridades nacionales del mundo de la cultura, con los oportunos incentivos. Doy las gracias a todos los que han hecho posible este encuentro nuestro, en particular a la Comisión Episcopal de la Cultura, con su presidente, monseñor Manuel Clemente, a quien agradezco las palabras de cordial acogida y la presentación de la realidad polifónica de la cultura portuguesa, representada aquí por algunos de sus mejores protagonistas, y de cuyos sentimientos y expectativas se ha hecho portavoz el cineasta Manoel de Oliveira, de venerable edad y trayectoria, y a quien saludo con admiración y afecto, al mismo tiempo que le agradezco las palabras que me ha dirigido, y en las que ha dejado entrever las ansias y disposiciones del alma portuguesa en medio de las turbulencias de la sociedad actual.

En efecto, en la cultura de hoy se refleja una «tensión» entre el presente y la tradición, que a veces adquiere forma de «conflicto». La dinámica de la sociedad absolutiza el presente, aislándolo del patrimonio cultural del pasado y sin la intención de proyectar un futuro. Pero una valorización del «presente» como fuente de inspiración del sentido de la vida, tanto individual como social, se enfrenta con la fuerte tradición cultural del pueblo portugués, profundamente marcada por el influjo milenario del cristianismo, y con un sentido de responsabilidad global, confirmada en la aventura de los descubrimientos y en el celo misionero, compartiendo la fe con otros pueblos. Los ideales cristianos de universalidad

y fraternidad inspiraron esta aventura común, aunque también se sintió la influencia del iluminismo y del laicismo. Esta tradición dio origen a lo que podíamos llamar una «sabiduría», es decir, un sentido de la vida y de la historia, del que formaban parte un universo ético y un «ideal» que cumplir por parte de Portugal, que siempre ha procurado relacionarse con el resto del mundo.

La Iglesia aparece como la gran defensora de una sana y elevada tradición, cuya rica aportación está al servicio de la sociedad; ésta sigue respetando y apreciando su servicio al bien común, pero se aleja de la mencionada «sabiduría» que forma parte de su patrimonio. Este «conflicto» entre la tradición y el presente se expresa en la crisis de la verdad, pero sólo ésta puede orientar y trazar el rumbo de una existencia lograda, como individuo o como pueblo. De hecho, un pueblo que deja de saber cuál es su propia verdad, acaba perdiéndose en el laberinto del tiempo y de la historia, sin valores bien definidos, sin grandes objetivos claramente enunciados. Queridos amigos, queda por hacer un gran esfuerzo para aprender la forma en que la Iglesia se sitúa en el mundo, ayudando a la sociedad a entender que el anuncio de la verdad es un servicio que ella le ofrece, abriendo horizontes nuevos de futuro, grandeza y dignidad. En efecto, la Iglesia tiene «una misión de verdad que cumplir en todo tiempo y circunstancia a favor de una sociedad a medida del hombre, de su dignidad y de su vocación. [...] La fidelidad al hombre exige la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de libertad (cf. Jn 8,32) y de la posibilidad de un desarrollo humano integral. Por eso, la Iglesia la busca, la anuncia incansablemente y la reconoce allí donde se manifieste. Para la Iglesia, esta misión de verdad es irrenunciable» (encíclica *Caritas in veritate*, 9). Para una sociedad formada mayoritariamente por católicos, y cuya cultura ha sido profundamente marcada por el cristianismo, resulta dramático intentar encontrar la verdad fuera de Jesucristo. Para nosotros, cristianos, la Verdad es divina; es el «Logos» eterno, que tomó expresión humana en Jesucristo, que pudo afirmar con objeti-

vidad: «Yo soy la Verdad» (Jn 14,6). La convivencia de la Iglesia, con su firme adhesión al carácter perenne de la verdad, con el respeto por otras «verdades», o con la verdad de otros, es algo que la misma Iglesia está aprendiendo. En este respeto dialogante se pueden abrir puertas nuevas para la transmisión de la verdad.

«La Iglesia –escribía el papa Pablo VI– debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio» (encíclica *Ecclesiam suam*, 34). En efecto, el diálogo sin ambages, y respetuoso de las partes implicadas en él, es una prioridad hoy en el mundo, y en la que la Iglesia se siente comprometida. Una prueba de ello es la presencia de la Santa Sede en los diversos organismos internacionales, como por ejemplo en el Centro Norte-Sur del Consejo de Europa, instituido aquí en Lisboa hace veinte años, y que tiene como piedra angular el diálogo intercultural, con el fin de promover la cooperación entre Europa, el sur del Mediterráneo y África, y construir una ciudadanía mundial fundada sobre los derechos humanos y la responsabilidad de los ciudadanos, con independencia de su origen étnico o pertenencia política, y respetuoso de las creencias religiosas. Teniendo en cuenta la diversidad cultural, es preciso lograr que las personas no sólo acepten la existencia de la cultura del otro, sino que aspiren también a enriquecerse con ella y a ofrecerle lo que se tiene de bueno, de verdadero y de bello.

Éste es un momento que exige lo mejor de nuestras fuerzas, audacia profética y, como diría vuestro poeta nacional, «mostrar al mundo nuevos mundos» (Luís de Camões, *Os lusíadas*, II, 45). Vosotros, trabajadores de la cultura en cualquiera de sus formas, creadores de pensamiento y de opinión, «gracias a vuestro talento, tenéis la posibilidad de hablar al corazón de la humanidad, de tocar la sensibilidad

individual y colectiva, de suscitar sueños y esperanzas, de ensanchar los horizontes del conocimiento y del compromiso humano. [...] Y no tengáis miedo de confrontaros con la fuente primera y última de la belleza, de dialogar con los creyentes, con quienes como vosotros se sienten peregrinos en el mundo y en la historia hacia la Belleza infinita» (Discurso a los artistas, 21-11-2009).

Precisamente, con el fin de «infundir en las venas de la humanidad actual la virtud perenne, vital y divina del Evangelio» (Juan XXIII, constitución apostólica *Humanae salutis*, 3), se celebró el Concilio Vaticano II, en el que la Iglesia, a partir de una renovada conciencia de la Tradición católica, toma en serio y discierne, transfigura y trasciende las críticas que están en la base de las fuerzas que caracterizaron la modernidad, o sea la Reforma y el Iluminismo. Así, la Iglesia, por sí misma, acogía y recreaba lo mejor de las instancias de la modernidad, pero por un lado superándolas y, por otro, evitando sus errores y veredas que no tienen salida. El evento conciliar puso las premisas de una auténtica renovación católica y de una nueva civilización, la «civilización del amor», como servicio evangélico al hombre y a la sociedad.

Queridos amigos, la Iglesia considera su misión prioritaria en la cultura actual mantener despierta la búsqueda de la verdad y, consecuentemente, de Dios; llevar a las personas a mirar más allá de las cosas penúltimas y ponerse a la búsqueda de las últimas. Os invito a profundizar en el conocimiento de Dios, del mismo modo que Él se ha revelado en Jesucristo para nuestra plena realización. Haced cosas bellas, pero, sobre todo, convertid vuestras vidas en lugares de belleza. Que interceda por vosotros Santa María de Belén, venerada desde siglos por los navegantes del océano y hoy por los navegantes del Bien, la Verdad y la Belleza.



Oración del Papa a la Virgen en la capilla de las Apariciones

Miércoles, 12 de mayo

Santo Padre:

Señora Nuestra
y Madre de todos los hombres y mujeres,
aquí estoy como un hijo
que viene a visitar a su Madre
y lo hace en compañía
de una multitud de hermanos y hermanas.
Como Sucesor de Pedro,
al que se le confió la misión
de presidir el servicio
de la caridad en la Iglesia de Cristo
y de confirmar a todos en la fe
y en la esperanza,
quiero presentar a tu Corazón Inmaculado
las alegrías y las esperanzas,
así como los problemas y los sufrimientos
de cada uno de estos hijos e hijas tuyos,
que se encuentran en Cova de Iria
o que nos acompañan desde la distancia.
Madre amabilísima,
tú conoces a cada uno por su nombre,
con su rostro y con su historia,
y quieres a todos
con amor materno,
que fluye del mismo corazón de Dios Amor.
Te confío a todos y los consagro a ti,
María Santísima,
Madre de Dios y Madre nuestra.

Cantores y asamblea:

Nosotros te cantamos y aclamamos, María (v.1).

Santo Padre:

El venerable papa Juan Pablo II,
que te visitó tres veces, aquí en Fátima,
y te agradeció aquella «mano invisible»
que lo libró de la muerte,
en el atentado del trece de mayo,
en la plaza de San Pedro, hace casi treinta años,
quiso ofrecer al santuario de Fátima

la bala que lo hirió gravemente
y que fue colocada en tu corona de Reina de la Paz.
Nos consuela profundamente
saber que estás coronada
no sólo con la plata
y el oro de nuestras alegrías y esperanzas,
sino también con la «bala»
de nuestras preocupaciones y sufrimientos.
Te agradezco, Madre querida,
las oraciones y sacrificios
que los Pastorcillos
de Fátima realizaron por el Papa,
animados por los sentimientos
que tú les habías infundido en las apariciones.
Agradezco igualmente a todos aquellos que,
cada día,
rezan por el Sucesor de Pedro
y sus intenciones,
para que el Papa sea fuerte en la fe,
audaz en la esperanza y ferviente en el amor.

Cantores y asamblea:

Nosotros te cantamos y aclamamos, María (v.2).

Santo Padre:

Madre querida por todos nosotros,
te entrego aquí en tu santuario de Fátima,
la Rosa de Oro
que he traído desde Roma,
como regalo de gratitud del Papa,
por las maravillas que el Omnipotente
ha realizado por tu mediación
en los corazones de tantos peregrinos
que vienen a esta tu casa materna.
Estoy seguro de que los Pastorcillos de Fátima,
los beatos Francisco y Jacinta
y la sierva de Dios Lucía de Jesús,
nos acompañan en este momento de súplica y júbilo.

Cantores y asamblea:

Nosotros te cantamos y aclamamos, María (v.5).

«Qué importante es que os ayudéis mutuamente con la oración, con consejos útiles y con el discernimiento»

Vísperas con sacerdotes, seminaristas y diáconos en la iglesia de la Santísima Trinidad (Fátima)

Miércoles, 12 de mayo

Queridos hermanos y hermanas

«Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer [...] para que recibiéramos el ser hijos adoptivos» (Gal 4, 4.5). La plenitud de los tiempos llegó, cuando el Eterno irrumpió en el tiempo: por obra y gracia del Espíritu Santo, el Hijo del Altísimo fue concebido y se hizo hombre en el seno de una mujer: la Virgen Madre, tipo y modelo excelso de la Iglesia creyente. Ella no deja de generar nuevos hijos en el Hijo, que el Padre ha querido como primogénito de muchos hermanos. Cada uno de nosotros está llamado a ser, con María y como María, un signo humilde y sencillo de la Iglesia que continuamente se ofrece como esposa en las manos de su Señor.

A todos vosotros, que habéis entregado vuestras vidas a Cristo, deseo expresar esta tarde el aprecio y el reconocimiento de la Iglesia. Gracias por vuestro testimonio a menudo silencioso y para nada fácil; gracias por vuestra fidelidad al Evangelio y a la Iglesia. En Jesús presente en la Eucaristía, abrazo a mis hermanos en el sacerdocio y el diaconado, a las consagradas y consagrados, a los seminaristas y a los miembros de los movimientos y de las nuevas comunidades eclesiales aquí presentes. Que el Señor recompense, como sólo Él sabe y puede hacerlo, a todos los que han hecho posible que nos encontremos aquí ante Jesús Eucaristía, en particular a la Comisión Episcopal para las Vocaciones y los Ministerios, con su presidente, monseñor Antonio Santos, al que agradezco sus palabras llenas de afecto colegial y fraterno pronunciadas al inicio de estas Vísperas. En este «cenáculo» ideal de fe que es Fátima, la Virgen Madre nos indica el camino para nuestra oblación pura y santa en las manos del Padre.

Permitidme que os abra mi corazón para deciros que la principal preocupación de cada cristiano, especialmente de la persona consagrada y del ministro del Altar, debe ser la fidelidad, la lealtad a la propia vocación, como discípulo que quiere seguir

al Señor. La fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor; de un amor coherente, verdadero y profundo a Cristo Sacerdote. «Si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial» (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 31). Que, en este Año Sacerdotal que mira ya a su fin, descienda sobre todos vosotros abundantes gracias para que viváis el gozo de la consagración y testimoniéis la fidelidad sacerdotal fundada en la fidelidad de Cristo. Esto supone evidentemente una auténtica intimidad con Cristo en la oración, ya que la experiencia fuerte e intensa del amor del Señor llevará a los sacerdotes y a los consagrados a corresponder de un modo exclusivo y esponsal a su amor.

Esta vida de especial consagración nació como memoria evangélica para el Pueblo de Dios, memoria que manifiesta, certifica y anuncia a toda la Iglesia la radicalidad evangélica y la venida del Reino. Por lo tanto, queridos consagrados y consagradas, con vuestra dedicación a la oración, a la ascesis, al progreso en la vida espiritual, a la acción apostólica y a la misión, tended a la Jerusalén celeste, anticipad la Iglesia escatológica, firme en la posesión y en la contemplación amorosa del Dios Amor. Este testimonio es muy necesario en el momento presente. Muchos de nuestros hermanos viven como si no existiese el más allá, sin preocuparse de la propia salvación eterna. Todos los hombres están llamados a conocer y a amar a Dios, y la Iglesia tiene como misión ayudarles en esta vocación. Sabemos bien que Dios es el dueño de sus dones, y que la conversión de los hombres es una gracia. Pero nosotros somos responsables del anuncio de la fe, en su integridad y con sus exigencias. Queridos amigos, imitemos al Cura de Ars que rezaba así al buen Dios: «Concédeme la conversión de mi parroquia, y yo acepto sufrir todo lo

que tú quieras durante el resto de mi vida». Él hizo todo lo posible por sacar a las personas de la tibieza y conducir las al amor.

Hay una solidaridad profunda entre todos los miembros del Cuerpo de Cristo: no es posible amarlo sin amar a sus hermanos. Juan María Vianney quiso ser sacerdote precisamente para la salvación de ellos: «Ganar las almas para el buen Dios», declaraba al anunciar su vocación con dieciocho años de edad, así como Pablo decía: «Ganar a todos los que pueda» (1 Cor 9,19). El vicario general le había dicho: «No hay mucho amor de Dios en la parroquia; usted lo pondrá». Y, en su pasión sacerdotal, el santo párroco era misericordioso como Jesús en el encuentro con cada pecador. Prefería insistir en el aspecto atrayente de la virtud, en la misericordia de Dios, en cuya presencia nuestros pecados son «granos de arena». Presentaba la ternura de Dios ofendida. Temía que los sacerdotes se volvieran «insensibles» y se acostumbraran a la indiferencia de sus fieles: «Ay del Pastor –advertía– que permanece en silencio viendo cómo se ofende a Dios y las almas se pierden».

Amados hermanos sacerdotes, en este lugar especial por la presencia de María, teniendo ante nuestros ojos su vocación de fiel discípula de su Hijo Jesús, desde su concepción hasta la Cruz y después en el camino de la Iglesia naciente, considerad la extraordinaria gracia de vuestro sacerdocio. La fidelidad a la propia vocación exige arrojo y confianza, pero el Señor también quiere que sepáis unir vuestras fuerzas; mostraos solícitos unos con otros, sosteniéndolos fraternalmente. Los momentos de oración y estudio en común, compartiendo las exigencias de la vida y del trabajo sacerdotal, son una parte necesaria de vuestra existencia. Cuánto bien os hace esa acogida mutua en vuestras casas, con la paz de Cristo en vuestros corazones. Qué importante es que os ayudéis mutuamente con la oración, con consejos útiles y con el discernimiento. Estad particularmente atentos a las situaciones que debilitan de alguna manera los ideales sacerdotales o la dedicación a actividades que no concuerdan del todo con

lo que es propio de un ministro de Jesucristo. Por lo tanto, asumid como una necesidad actual, junto al calor de la fraternidad, la actitud firme de un hermano que ayuda a otro hermano a «permanecer en pie».

Aunque el sacerdocio de Cristo es eterno (cf. Hb 5,6), la vida de los sacerdotes es limitada. Cristo quiere que otros, a lo largo de los siglos, perpetúen

el sacerdocio ministerial instituido por Él. Por lo tanto, mantened en vuestro interior y en vuestro entorno la tensión de suscitar entre los fieles –colaborando con la gracia del Espíritu Santo– nuevas vocaciones sacerdotales. La oración confiada y perseverante, el amor gozoso a la propia vocación y la dedicación a la dirección espiritual os ayudará a discernir el carisma vocacional en aquellos que Dios llama.

Queridos seminaristas, que ya habéis dado el primer paso hacia el sacerdocio y os estáis preparando en el seminario mayor o en las casas de formación religiosa, el Papa os anima a ser conscientes de la gran responsabilidad que tendréis que asumir: examinad bien las

intenciones y motivaciones; dedicaos con entusiasmo y con espíritu generoso a vuestra formación. La Eucaristía, centro de la vida del cristiano y escuela de humildad y de servicio, debe ser el objeto principal de vuestro amor. La adoración, la piedad y la atención al Santísimo Sacramento, a lo largo de estos años de preparación, harán que un día celebréis el sacrificio del Altar con verdadera y edificante unción.

En este camino de fidelidad, amados sacerdotes y diáconos, consagrados y consagradas, seminaristas y laicos comprometidos, nos guía y acompaña la Bienaventurada Virgen María. Con ella y como ella somos libres para ser santos; libres para ser pobres, castos y obedientes; libres para todos, porque estamos desprendidos de todo; libres de nosotros mismos para que en cada uno crezca Cristo, el verdadero consagrado al Padre y el Pastor al cual los sacerdotes, siendo presencia suya, prestan su voz y sus gestos; libres para llevar a la sociedad moderna a Jesús muerto y resucitado, que permanece con nosotros hasta el final de los siglos y se da a todos en la Santísima Eucaristía.



Acto de consagración de los sacerdotes al Corazón Inmaculado de María

Iglesia de la Santísima Trinidad - Fátima

Miércoles, 12 de mayo

Madre Inmaculada,
en este lugar de gracia,
convocados por el amor de tu Hijo Jesús,
Sumo y Eterno Sacerdote, nosotros,
hijos en el Hijo y sacerdotes suyos,
nos consagramos a tu Corazón materno,
para cumplir fielmente la voluntad del Padre.
Somos conscientes de que, sin Jesús,
no podemos hacer nada (cf. Jn 15,5)
y de que, sólo por Él, con Él y en Él,
seremos instrumentos de salvación para el mundo.
Esposa del Espíritu Santo,
alcánzanos el don inestimable
de la transformación en Cristo.
Por la misma potencia del Espíritu que,
extendiendo su sombra sobre ti,
te hizo Madre del Salvador,
ayúdanos para que Cristo, tu Hijo,
nazca también en nosotros.
Y, de este modo, la Iglesia pueda
ser renovada por santos sacerdotes,
transfigurados por la gracia de aquel
que hace nuevas todas las cosas.
Madre de Misericordia,
ha sido tu Hijo Jesús quien nos ha llamado
a ser como Él:
luz del mundo y sal de la tierra
(cf. Mt 5,13-14).
Ayúdanos,
con tu poderosa intercesión,
a no desmerecer esta vocación sublime,
a no ceder a nuestros egoísmos,
ni a las lisonjas del mundo,
ni a las tentaciones del Maligno.
Presérvanos con tu pureza,
custódianos con tu humildad
y rodéanos con tu amor maternal,
que se refleja en tantas almas
consagradas a ti
y que son para nosotros
auténticas madres espirituales.
Madre de la Iglesia,
nosotros, sacerdotes,
queremos ser pastores
que no se apacientan a sí mismos,
sino que se entregan a Dios por los hermanos,
encontrando la felicidad en esto.

Queremos cada día repetir humildemente
no sólo de palabra sino con la vida,
nuestro «aquí estoy».
Guiados por ti,
queremos ser apóstoles
de la divina Misericordia,
llenos de gozo por poder celebrar diariamente
el Santo Sacrificio del Altar
y ofrecer a todos los que nos lo pidan
el sacramento de la Reconciliación.
Abogada y Mediadora de la gracia,
tú que estás unida
a la única mediación universal de Cristo,
pide a Dios, para nosotros,
un corazón completamente renovado,
que ame a Dios con todas sus fuerzas
y sirva a la humanidad como tú lo hiciste.
Repite al Señor
esa eficaz palabra tuya: «no les queda vino» (Jn 2,3),
para que el Padre y el Hijo derramen sobre nosotros,
como una nueva efusión,
el Espíritu Santo.
Lleno de admiración y de gratitud
por tu presencia continua entre nosotros,
en nombre de todos los sacerdotes,
también yo quiero exclamar:
«¿quién soy yo para que me visite
la Madre de mi Señor? (Lc 1,43)
Madre nuestra desde siempre,
no te canses de «visitarnos»,
consolarnos, sostenernos.
Ven en nuestra ayuda
y líbranos de todos los peligros
que nos acechan.
Con este acto de ofrecimiento y consagración,
queremos acogerte de un modo
más profundo y radical,
para siempre y totalmente,
en nuestra existencia humana y sacerdotal.
Que tu presencia haga reverdecer el desierto
de nuestras soledades y brillar el sol
en nuestras tinieblas,
haga que torne la calma después de la tempestad,
para que todo hombre vea la salvación
del Señor,
que tiene el nombre y el rostro de Jesús,
reflejado en nuestros corazones,
unidos para siempre al tuyo.
Así sea.

«La tierra se da para que haya un lugar de obediencia, para que haya un espacio abierto a Dios»

Bendición de las antorchas en la explanada del santuario de Fátima

Miércoles, 12 de mayo

Queridos peregrinos:

Todos juntos, con la vela encendida en la mano, semejáis un mar de luz en torno a esta sencilla capilla, levantada con amor para honrar a la Madre de Dios y Madre nuestra, a la que los Pastorillos vieron volver de la tierra al cielo como una estela de luz. Sin embargo, ni ella ni nosotros tenemos luz propia: la recibimos de Jesús. Su presencia en nosotros renueva el misterio y el recuerdo de la zarza ardiente, que en otro tiempo atrajo a Moisés en el monte Sinaí, y que no deja de seducir a los que se dan cuenta de una luz especial en nosotros, que arde sin consumirnos (cf. Ex 3, 2-5). Por nosotros mismos, no somos más que una mísera zarza, en la que, sin embargo, se ha posado la gloria de Dios. A Él sea la gloria, y a nosotros la confesión humilde de nuestra nada y la adoración obediente de los designios divinos, que se cumplirán cuando «Dios lo será todo para todos» (1 Cor 15, 28). La Virgen llena de gracia sirvió incomparablemente a dichos designios: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

Queridos peregrinos, imitemos a María haciendo resonar en nuestra vida su «hágase en mí». Dios había ordenado a Moisés: «Quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado» (Ex 3, 5). Y así lo hizo; luego se puso nuevamente las sandalias para ir a liberar a su pueblo de la esclavitud de Egipto y guiarlo a la tierra prometida. No se trataba simplemente de poseer una parcela de terreno o del territorio nacional al que todo pueblo tiene derecho. En la lucha por la liberación de Israel y en su salida de Egipto, lo que destaca en primer lugar es, sobre todo, el derecho a la libertad para adorar, a la libertad de un culto propio. A lo largo de la historia del pueblo elegido, la promesa de la tierra acaba asumiendo cada vez más este significado: la tierra se da para que haya un lugar de obediencia, para que haya un espacio abierto a Dios.

En nuestro tiempo, cuando en extensas regiones de la tierra la fe corre el riesgo de apagarse como una llama que se extingue, la prioridad más importante de todas es hacer a Dios presente en este mundo y facilitar a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que ha hablado en

el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor hasta el extremo (cf. Jn 13, 1), en Cristo crucificado y resucitado. Queridos hermanos y hermanas, adorad en vuestros corazones a Cristo Señor (cf. 1 Pe 3, 15). No tengáis miedo de hablar de Dios y de mostrar sin complejos los signos de la fe, haciendo resplandecer a los ojos de vuestros contemporáneos la luz de Cristo que, como canta la Iglesia en la noche de la Vigilia Pascual, engendra a la humanidad como familia de Dios.

Hermanos y hermanas, en este lugar impresiona ver cómo tres niños se rindieron a la fuerza interior que los había invadido en las apariciones del Ángel y de la Madre del cielo. Aquí, donde tantas veces se nos ha pedido que recemos el Rosario, dejémonos atraer por los misterios de Cristo, los misterios del Rosario de María. El rezo del Rosario nos permite poner nuestros ojos y nuestro corazón en Jesús, como su Madre, modelo insuperable de contemplación del Hijo. Al meditar los misterios gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos, recitando las avemarías, contemplamos todo el misterio de Jesús, desde la Encarnación a la Cruz y la gloria de la Resurrección; contemplamos la íntima participación de María en este misterio y nuestra vida en Cristo hoy, que también está tejida de momentos de alegría y de dolor, de sombras y de luz, de contrariedades y de esperanzas. La gracia inunda nuestro corazón suscitando el deseo de un cambio de vida radical y evangélico, en comunión de vida y de destino con Cristo, de manera que podamos decir con san Pablo: «Para mí la vida es Cristo» (Flp 1, 21).

Siento que me acompañan la devoción y el afecto de todos los fieles aquí reunidos y del mundo entero. Traigo conmigo las preocupaciones y las esperanzas de nuestro tiempo y los sufrimientos de la humanidad herida, los problemas del mundo, y vengo a ponerlos a los pies de Nuestra Señora de Fátima: Virgen Madre de Dios y Madre nuestra querida, intercede por nosotros ante tu Hijo, para que las familias de los pueblos, tanto aquellas que llevan el nombre de cristianas como las que todavía no conocen a su Salvador, vivan en paz y en concordia hasta que todas formen un solo Pueblo de Dios, a gloria de la santísima e indivisible Trinidad. Amén.

«La verdadera vida espiritual comienza con un auténtico acto de humildad»

Homilía del cardenal Tarcisio Bertone en la misa de la víspera de la solemnidad de la Virgen de Fátima (atrio del Santuario)

Miércoles, 12 de mayo

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,

amados hermanos y hermanas en el Señor,
queridos peregrinos de Fátima

Dice Jesús: «Si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18, 3). Para entrar en el Reino, hemos de hacernos humildes, cada vez más humildes y pequeños, lo más pequeños posible: éste es el secreto de la vida mística. La verdadera vida espiritual comienza con un auténtico acto de humildad, renunciando a la difícil posición de sentirse siempre el centro del universo y abandonándose en los brazos del misterio de Dios, con alma de niño.

En los brazos del misterio de Dios. En Él no hay sólo potencia, ciencia, majestad; hay también infancia, inocencia, ternura infinita, porque Él es Padre, infinitamente Padre. No lo sabíamos antes, ni podíamos saberlo; ha sido necesario que enviase a su Hijo para que lo descubriésemos. El Hijo se ha hecho niño y, de esta manera, ha podido decirnos que nos hiciéramos niños para entrar en su Reino. Siendo Dios de infinita grandeza, se ha hecho tan pequeño y humilde ante nosotros, que solamente los ojos de la fe y de los sencillos pueden reconocerlo (cf. Mt 11, 25). Así, ha puesto en cuestión el instinto natural de protagonismo que reina en nosotros: «Ser como Dios» (cf. Gen 3, 5). Pues bien, Dios ha aparecido en la tierra como niño. Ahora sabemos cómo es Dios: es un niño. Teníamos que verlo para creerlo. Ha aprovechado nuestra imperiosa necesidad de sobresalir, pero ha cambiado su objetivo, proponiéndonos ponerla al servicio del amor; sobresalir sí, pero como el más pacífico, indulgente, generoso y servicial de todos: el siervo y el último de todos.

Hermanos y hermanas, ésta es «la sabiduría que viene de arriba» (cf. St 3, 17). En cambio, la «sabiduría» del mundo alaba el éxito personal y lo busca a toda costa, quitando de en medio sin miramientos a quien obstaculiza la propia superioridad. A esto llaman vida, pero el rastro de muerte que deja, lo contradice. «El que odia a su hermano –lo hemos

oído en la segunda lectura– es un homicida. Y sabéis que ningún homicida lleva en sí la vida eterna» (1 Jn 3, 15). Solamente quien ama al hermano posee en sí la vida eterna, es decir, la presencia de Dios, el cual, por medio del Espíritu, comunica al creyente su amor y lo hace partícipe del misterio de la vida trinitaria. En efecto, así como un emigrante en un país extranjero, aunque se adapte a la nueva situación, conserva –al menos en el corazón– las leyes y las costumbres de su pueblo, así también, cuando Jesús vino a la tierra, trajo consigo, como peregrino de la Trinidad, el modo de vivir de su patria celeste, que «expresa humanamente las costumbres divinas de la Trinidad» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 470). En el Bautismo, cada uno de nosotros ha renunciado a la «sabiduría» del mundo y se ha convertido a la «sabiduría de arriba», manifestada en Cristo Jesús, Maestro incomparable en el arte de amar (cf. 1 Jn 3, 16). Jesús ha dicho que dar la vida por el hermano es el culmen del amor (cf. Jn 15, 13); lo ha dicho y lo ha hecho, mandándonos amar como Él (cf. Jn 15, 12). El gran desafío es pasar de considerar la vida como posesión a verla como don, y aquí se nos revela –a nosotros mismos y a los demás– quiénes somos y quiénes queremos ser.

El amor fraterno y gratuito es el mandamiento y la misión que el divino Maestro nos ha dejado, capaz de convencer a nuestros hermanos y hermanas en humanidad: «La señal por la que conocerán que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros» (Jn 13, 35). A veces, nos quejamos de la marginación del cristianismo en la sociedad actual, de la dificultad para transmitir la fe a los jóvenes, de la disminución de las vocaciones sacerdotales y religiosas... y se podrían añadir otros motivos de preocupación; de hecho, no es extraño que nos sintamos perdedores a los ojos del mundo. Sin embargo, la aventura de la esperanza va más allá. Nos dice que el mundo es de quien más lo ama y mejor se lo demuestra. En el corazón de toda persona hay una sed infinita de amor; y nosotros, con el amor que Dios derrama en nuestros corazones (cf. Rm 5, 5), podemos saciarla. Naturalmente, nuestro

amor debe expresarse no «de palabra y de boca, sino de verdad y con obras», respondiendo con alegría y generosidad con nuestros bienes a las necesidades de los necesitados (cf. 1 Jn 3, 16-18).

Queridos peregrinos y cuantos me escucháis, «compartid con alegría, como Jacinta». Así reza el lema que este santuario ha querido recalcar en el centenario del nacimiento de la vidente privilegiada de Fátima. En este mismo lugar, hace diez años, el venerable siervo de Dios Juan Pablo II la elevó a la gloria de los altares junto con su hermano Francisco; han recorrido, en poco tiempo, la larga marcha hacia la santidad, guiados y sostenidos por las manos de la Virgen María. Son dos frutos maduros del árbol de la Cruz del Salvador. Al verlos, nos damos cuenta de que ésta es la estación de los frutos... frutos de santidad. Viejo tronco lusitano de savia cristiana, con las ramas extendidas hacia otros mundos y allí enterradas como brotes de nuevos pueblos cristianos, la Reina del Cielo ha plantado en ti su pie –pie victorioso que aplasta la cabeza de la serpiente embaucadora (cf. Gen 3, 15)– para buscar a los pequeños del Reino de los cielos. Fortalecidos con la vigilia de esta noche y con los ojos atentos a la gloria de los beatos Francisco y Jacinta, aceptad el reto de Jesús: «Si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18, 3). Para personas carcomidas por el orgullo como nosotros, no es fácil hacerse niños. Por eso, Jesús nos advierte duramente: «No entraréis». No hay alternativa. Portugal, no te resignes a formas de pensar y de vivir que no tengan futuro, porque no se apoyen sobre la certeza firme de la Palabra de Dios, del Evangelio. «¡No temas! El Evangelio no está contra ti, sino en tu favor... En el Evangelio, que es Jesús, encontrarás la esperanza firme y duradera a la que aspiras. Es una esperanza fundada en la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte. Él ha querido que esta victoria sea para tu salvación y tu gozo» (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, 121).

La primera lectura nos muestra cómo Samuel ha encontrado un guía en el sacerdote Elí. Éste demuestra, en su relación con el muchacho, toda la prudencia que se requiere para la tarea del verdadero educador, pues es capaz de intuir el tipo de experiencia profunda que Samuel está viviendo. Nadie puede decidir sobre la vocación de otro; por eso, Elí orienta a Samuel a la escucha dócil de la palabra de Dios: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 Sm 3, 10). En cierto modo, podemos leer desde esta misma

perspectiva la visita del Santo Padre, que se desarrolla bajo el lema: «¡Papa Benedicto XVI, contigo caminamos en la esperanza!». Son palabras que expresan tanto una común confesión de fe y manifestación de adhesión a la Iglesia a través de su fundamento visible que es Pedro, como un aprendizaje personal de confianza y de lealtad con relación a la guía paterna y sabia de aquel que el Cielo ha elegido para indicar a la humanidad de este tiempo el camino seguro para alcanzarlo.

Santo Padre, «contigo caminamos en la Esperanza». Contigo aprendemos a distinguir entre la gran Esperanza y las esperanzas pequeñas y siempre limitadas como nosotros. Cuando, rodeados de la decepción general de quienes se quedan en las pequeñas esperanzas, sentimos la alternativa de Jesús, la gran Esperanza: «¿También vosotros queréis marcharos?», fortalecenos tú, Pedro, con tu palabra de siempre: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos. Y sabemos que tú eres el Santo, consagrado por Dios» (Jn 6, 68-69). Verdaderamente –nos recuerda el Pedro de hoy, el papa Benedicto XVI–, «quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando ‘hasta el extremo’, ‘hasta el total cumplimiento’ (cf. Jn 13,1; 19,30)» (encíclica *Spe salvi*, 27).

Queridos peregrinos de Fátima, que el Cielo sea siempre el horizonte de vuestra vida. Si os dicen que el Cielo puede esperar, os engañan... La voz que viene del cielo no es como estas voces, semejantes a la legendaria sirena embaucadora, que dormía a sus víctimas antes de echarlas al abismo. Desde hace dos mil años, comenzando por Galilea y hasta los confines de la tierra, resuena la voz del Hijo de Dios que dice: «Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios» (Mc 1, 15). Fátima nos recuerda que el cielo no puede esperar. Por eso, pidamos con confianza filial a Nuestra Señora que nos enseñe a traer el Cielo a la tierra: ¡Oh, Virgen María, enséñanos a creer, adorar, esperar y amar contigo! Indícanos el camino hacia el Reino de Jesús, la vía de la infancia espiritual. Tú, Estrella de la Esperanza, que anhelante nos esperas en la Luz sin ocaso de la Patria celeste, brilla sobre nosotros y guíanos en las vicisitudes de cada día, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.



«He venido a Fátima, porque hoy converge hacia este lugar la Iglesia peregrina, querida por su Hijo como instrumento de evangelización y sacramento de salvación»

Homilía en la misa en la explanada del santuario de Fátima

Jueves, 13 de mayo

Queridos peregrinos

«Su estirpe será célebre entre las naciones, [...] son la estirpe que bendijo el Señor» (Is 61,9). Así comenzaba la primera lectura de esta Eucaristía, cuyas palabras encuentran un admirable cumplimiento en esta asamblea recogida con devoción a los pies de la Virgen de Fátima. Hermanas y hermanos amadísimos, también yo he venido como peregrino, a esta «casa» que María ha elegido para hablarnos en estos tiempos modernos. He venido a Fátima para gozar de la presencia de María y de su protección materna. He venido a Fátima, porque hoy converge hacia este lugar la Iglesia peregrina, querida por su Hijo como instrumento de evangelización y sacramento de salvación. He venido a Fátima a rezar, con María y con tantos peregrinos, por nuestra humanidad afligida por tantas miserias y sufrimientos. En definitiva, he venido a Fátima, con los mismos sentimientos de los beatos Francisco y Jacinta y de la sierva de Dios Lucía, para hacer ante la Virgen una profunda confesión de que «amo», de que la Iglesia y los sacerdotes «aman» a Jesús y desean fijar sus ojos en Él, mientras concluye este Año Sacerdotal, y para poner bajo la protección materna de María a los sacerdotes, consagrados y consagradas, misioneros y todos los que trabajan por el bien y que hacen de la Casa de Dios un lugar acogedor y benéfico.

Ellos son la estirpe que el Señor ha bendecido... Estirpe que el Señor ha bendecido eres tú, amada diócesis de Leiría-Fátima, con tu pastor, monseñor Antonio Marto, al que agradezco el saludo que me ha dirigido al inicio y que me ha colmado de atenciones, a través también de sus colaboradores, durante mi estancia en este santuario. Saludo al señor presidente de la República y a las demás autoridades que sirven a esta gloriosa nación. Envío un abrazo a todas las diócesis de Portugal, representadas aquí por sus obispos, y confío al cielo a todos los pueblos y naciones de la tierra. En Dios, abrazo de

corazón a sus hijos e hijas, en particular a los que padecen cualquier tribulación o abandono, deseando transmitirles la gran esperanza que arde en mi corazón y que aquí, en Fátima, se hace más palpable. Nuestra gran esperanza hunde sus raíces en la vida de cada uno de vosotros, queridos peregrinos presentes aquí, y también en la de los que se unen a nosotros a través de los medios de comunicación social.

Sí, el Señor, nuestra gran esperanza, está con nosotros; en su amor misericordioso, ofrece un futuro a su pueblo: un futuro de comunión con él. Tras haber experimentado la misericordia y el consuelo de Dios, que no lo había abandonado a lo largo del duro camino de vuelta del exilio de Babilonia, el pueblo de Dios exclama: «Desbordo de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios» (Is 61,10). La Virgen Madre de Nazaret es la hija excelsa de este pueblo, la cual, revestida de la gracia y sorprendida dulcemente por la gestación de Dios en su seno, hace suya esta alegría y esta esperanza en el cántico del Magnificat: «Mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador». Pero ella no se ve como una privilegiada en medio de un pueblo estéril, sino que más bien profetiza para ellos la entrañable alegría de una maternidad prodigiosa de Dios, porque «su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (Lc 1, 47. 50).

Este bendito lugar es prueba de ello. Dentro de siete años volveréis aquí para celebrar el centenario de la primera visita de la Señora «venida del Cielo», como Maestra que introduce a los pequeños videntes en el conocimiento íntimo del Amor trinitario y los conduce a saborear al mismo Dios como el hecho más hermoso de la existencia humana. Una experiencia de gracia que los ha enamorado de Dios en Jesús, hasta el punto de que Jacinta exclamaba: «Me gusta mucho decirle a Jesús que lo amo. Cuando se lo digo muchas veces, parece que tengo un

fuego en el pecho, pero no me quema». Y Francisco decía: «Lo que más me ha gustado de todo, fue ver a Nuestro Señor en aquella luz que Nuestra Madre puso en nuestro pecho. Quiero muchísimo a Dios». (*Memórias da Irmã Lúcia*, I, 40 y 127).

Hermanos, al escuchar estas revelaciones místicas tan inocentes y profundas de los Pastorcillos, alguno podría mirarlos con una cierta envidia porque ellos han visto, o con la desalentada resignación de quien no ha tenido la misma suerte, a pesar de querer ver. A estas personas, el Papa les dice lo mismo que Jesús: «Estáis equivocados, porque no entendéis la Escritura ni el poder de Dios» (Mc 12,24). Las Escrituras nos invitan a creer: «Dichosos los que crean sin haber visto» (Jn 20,29), pero Dios –más íntimo a mí de cuanto lo sea yo mismo (cf. san Agustín, *Confesiones*, III, 6, 11)– tiene el poder para llegar a nosotros, en particular mediante los sentidos interiores, de manera que el alma es tocada suavemente por una realidad que va más allá de lo sensible y que nos capacita para alcanzar lo no sensible, lo invisible a los sentidos. Por esta razón, se pide una vigilancia interior del corazón que muchas veces no tenemos debido a las fuertes presiones de las realidades externas y de las imágenes y preocupaciones que llenan el alma (cf. *Comentario teológico del Mensaje de Fátima*, 2000). Sí, Dios nos puede alcanzar, ofreciéndose a nuestra mirada interior.

Más aún, aquella luz presente en la interioridad de los Pastorcillos, que proviene del futuro de Dios, es la misma que se ha manifestado en la plenitud de los tiempos y que ha venido para todos: el Hijo de Dios hecho hombre. Que Él tiene poder para inflamar los corazones más fríos y tristes, lo vemos en el pasaje de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,32). Por lo tanto, nuestra esperanza tiene un fundamento real, se basa en un evento que se sitúa en la historia a la vez que la supera: es Jesús de Nazaret. Y el entusiasmo que suscitaba su sabiduría y su poder salvador en la gente de su tiempo era tal que una mujer en medio de la multitud –como hemos oído en el Evangelio– exclamó: «¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!». A lo que Jesús respondió: «Mejor: ¡Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!» (Lc 11, 27.28). Pero, ¿quién tiene tiempo para escuchar su palabra y dejarse fascinar por su amor? ¿Quién permanece, en la noche de las dudas y de las incertidumbres, con el corazón vigilante en oración? ¿Quién espera el alba de un nuevo día, teniendo encendida la llama de la fe? La fe en Dios abre al hombre un horizonte de una esperanza firme que no defrauda; indica un sólido fundamento sobre el cual apoyar, sin miedos, la propia vida; pide el abandono, lleno de confianza, en las manos del Amor que sostiene el mundo.

«Su estirpe será célebre entre las naciones, [...] son la estirpe que bendijo el Señor» (Is 61,9), con una esperanza inquebrantable y que fructifica en un amor que se sacrifica por los otros, pero que no sacrifica a los otros; más aún –como hemos escuchado en la segunda lectura–, «todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Cor 13,7). Los Pastorcillos son un ejemplo de esto; han hecho de su vida una ofrenda a Dios y un compartir con los otros por amor de Dios. La Virgen los ha ayudado a abrir el corazón a la universalidad del amor. En particular, la beata Jacinta se mostraba incansable en su generosidad con los pobres y en el sacrificio por la conversión de los pecadores. Sólo con este amor fraterno y generoso lograremos edificar la civilización del Amor y de la Paz.

Se equivoca quien piensa que la misión profética de Fátima está acabada. Aquí resurge aquel plan de Dios que interpela a la humanidad desde sus inicios: «¿Dónde está Abel, tu hermano? [...] La sangre de tu hermano me está gritando desde la tierra» (Gen 4,9). El hombre ha sido capaz de desencadenar una corriente de muerte y de terror, que no logra interrumpirla... En la Sagrada Escritura se muestra a menudo que Dios se pone a buscar a los justos para salvar la ciudad de los hombres y lo mismo hace aquí, en Fátima, cuando Nuestra Señora pregunta: «¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quiera mandaros, como acto de reparación por los pecados por los cuales Él es ofendido, y como súplica por la conversión de los pecadores?» (*Memórias da Irmã Lúcia*, I, 162).

Con la familia humana dispuesta a sacrificar sus lazos más sagrados en el altar de los mezquinos egoísmos de nación, raza, ideología, grupo, individuo, nuestra Madre bendita ha venido desde el Cielo ofreciendo la posibilidad de sembrar en el corazón de todos los que se acogen a ella el amor de Dios que arde en el suyo. Al principio fueron sólo tres, pero el ejemplo de sus vidas se ha difundido y multiplicado en numerosos grupos por toda la faz de la tierra, dedicados a la causa de la solidaridad fraterna, en especial al paso de la Virgen Peregrina. Que estos siete años que nos separan del centenario de las Apariciones impulsen el anunciado triunfo del Corazón Inmaculado de María para gloria de la Santísima Trinidad.

Saludo a los enfermos

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de acercarme hasta vosotros, llevando en las manos la custodia con Jesús Eucaristía, quisiera dirigiros unas palabras de aliento y de esperanza, que hago extensivas a todos los enfermos que nos acompañan a través de la radio y la televisión y a

quienes, aun sin tener esa posibilidad, se unen a nosotros mediante los vínculos más profundos del espíritu, es decir, mediante la fe y la oración.

Hermano mío y hermana mía, tú tienes «un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder *com-padecer* Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *consolatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza» (encíclica *Spe salvi*, 39). Con esta esperanza en el corazón, podrás salir de las arenas movedizas de la enfermedad y de la muerte, y permanecer de pie sobre la roca firme del amor divino. En otras palabras, podrás superar la sensación de la inutilidad del sufrimiento que consume interiormente a las personas y las hace sentirse un peso para los otros, cuando, en realidad, vivido con Jesús, el sufrimiento sirve para la salvación de los hermanos.

¿Cómo es posible esto? Las fuentes de la fuerza divina manan precisamente en medio de la debilidad humana. Es la paradoja del Evangelio. Por eso, el divino Maestro, más que detenerse en explicar las razones del sufrimiento, prefirió llamar a cada uno a seguirlo con estas palabras: «El que quiera venirse conmigo... que cargue con su cruz y me siga» (cf. Mc 8, 34). Ven conmigo. Participa con tu sufrimiento en esta obra de la salvación del mundo, que se realiza mediante mi sufrimiento, por medio de mi Cruz. A medida que abrases tu cruz, uniéndote espiritualmente a la mía, se desvelará a tus ojos el significado salvífico del sufrimiento. Encontrarás en medio del sufrimiento la paz interior e incluso la alegría espiritual.

Queridos enfermos, acoged esta llamada de Jesús que pasará junto a vosotros en el Santísimo Sacramento y confiadle todas las contrariedades y penas que afrontáis, para que se conviertan —según sus designios— en medio de redención para todo el mundo. Vosotros seréis redentores en el Redentor, como sois hijos en el Hijo. Junto a la cruz... está la Madre de Jesús, nuestra Madre.

* * *

El Santo Padre saluda a la multitud de peregrinos en varios idiomas

Chers pèlerins francophones, venus chercher ici, à Fatima, auprès du cœur de Marie, la Mère de Jésus, un supplément d'espérance afin d'être autour de vous source de consolation et d'encouragement sur les routes humaines: que Notre-Dame vous protège et intercède pour tous ceux que vous aimez! Ma bénédiction vous accompagne!

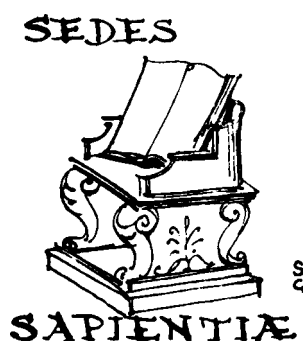
I welcome the English-speaking pilgrims present today who have come from near and far. As we offer our fervent prayers to our Lady of Fátima, I encourage you to ask her to intercede for the needs of the Church throughout the world. I cordially invoke God's blessing upon all of you, and in a particular way upon the young and those who are sick.

Ganz herzlich grüße ich alle deutschsprachigen Pilger. Auch heute ruft uns die Muttergottes hier in Fatima zum Gebet für die Bekehrung der Sünder und den Frieden in der Welt auf. Gerne vertraue ich euch und eure Familien ihrem unbefleckten Herzen an. Maria führe euch zu ihrem Sohn Jesus Christus.

Queridos peregrinos de lengua española, que habéis acudido con entusiasmo a este encuentro ante la Virgen de Fátima para compartir con tantos otros devotos vuestra confianza y fervor a nuestra Madre del cielo, la Santísima Virgen María. Que ella os lleve con ternura y mano segura hacia Cristo, su Hijo, y sea así fuente de gozosa esperanza y de firmeza en la fe. Muchas gracias.

Con affetto mi rivolgo ora ai pellegrini italiani e a quanti dall'Italia sono spiritualmente uniti a noi. Cari fratelli e sorelle, da Fatima, dove la Vergine Maria ha lasciato un segno indelebile del suo amore materno, invoco la sua protezione su di voi, sulle vostre famiglie, specialmente su quanti sono nella prova. Vi benedico di cuore!

Queridos peregrinos de língua portuguesa, sob o olhar materno de Nossa Senhora de Fátima, saúdo a todos vós que aqui viestes dos vários países lusófonos à procura de conforto e de esperança. Dando-nos Jesus, Maria é a verdadeira fonte da esperança. A Ela vos entrego e acompanho com a minha bênção.



«El actual escenario de la historia es de crisis socioeconómica, cultural y espiritual, y pone de manifiesto la conveniencia de un discernimiento orientado por la propuesta creativa del mensaje social de la Iglesia»

Discurso en el encuentro con las organizaciones de la pastoral social (iglesia de la Santísima Trinidad, Fátima)

Jueves, 13 de mayo

Queridísimos hermanos y amigos:

Habéis oído que Jesús dijo: «Anda, haz tú lo mismo» (Lc 10,37). Él nos invita a hacer nuestro el estilo del buen samaritano, cuyo ejemplo se acaba de proclamar, que se acerca a las situaciones en las que falta la ayuda fraterna. Y, ¿cuál es este estilo? «Es un «corazón que ve». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia» (encíclica *Deus caritas est*, 31). Así hizo el buen samaritano. Jesús no se limita a exhortar; como enseñan los Santos Padres, Él mismo es el Buen Samaritano, que se acerca a todo hombre y «cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza» (Prefacio común, VIII) y lo lleva a la posada, que es la Iglesia, donde hace que lo cuiden, confiándolo a sus ministros y pagando personalmente de antemano lo necesario para su curación. «Anda, haz tu lo mismo». El amor incondicional de Jesús que nos ha curado, deberá ahora, si queremos vivir con un corazón de buen samaritano, transformarse en un amor ofrecido gratuita y generosamente, mediante la justicia y la caridad.

Me complace encontrarme con vosotros en este lugar bendito, que Dios se eligió para recordar, por medio de Nuestra Señora, sus designios de amor misericordioso a la humanidad. Saludo con gran afecto a todos los aquí presentes, así como a las instituciones de las que forman parte, en la variedad de rostros unidos para profundizar en las cuestiones sociales y, sobre todo, en la práctica de la compasión hacia los pobres, los enfermos, los encarcelados, los que viven solos o abandonados, los discapacitados, los niños y ancianos, los emigrantes, los desempleados y quienes sufren necesidades que perturban su dignidad de personas libres. Gracias, monseñor Carlos Azevedo, por el gesto de co-

munió y fidelidad a la Iglesia y al Papa, que ha querido ofrecerme, tanto en nombre de esta asamblea de la caridad, como de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, que preside, y que no cesa de animar esta gran siembra de buenas obras en todo Portugal. Conscientes de que, como Iglesia, no podemos brindar soluciones prácticas a cada problema concreto y, aunque desprovistos de todo tipo de poder, determinados a servir el bien común, estad dispuestos a ayudar y ofrecer los medios de salvación a todos.

Queridos hermanos y hermanas que trabajáis en el vasto mundo de la caridad, Cristo «nos revela que «Dios es amor» (1 Jn 4,8) y al mismo tiempo nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y por ello de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor. Así pues, a los que creen en la caridad divina, les da la certeza de que el camino del amor está abierto a todos los hombres» (*Gaudium et spes*, 38). El actual escenario de la historia es de crisis socioeconómica, cultural y espiritual, y pone de manifiesto la conveniencia de un discernimiento orientado por la propuesta creativa del mensaje social de la Iglesia. El estudio de su doctrina social, que asume la caridad como principio y fuerza principal, permitirá trazar un proceso de desarrollo humano integral que implique la profundidad del corazón y alcance una mayor humanización de la sociedad (cf. encíclica *Caritas in veritate*, 20). No se trata de un mero conocimiento intelectual, sino de una sabiduría que dé sabor y condimento, que ofrezca creatividad a las vías teóricas y prácticas para afrontar una crisis tan amplia y compleja. Que las instituciones de la Iglesia, junto con todas las organizaciones no eclesiales, mejoren la capacidad de conocimiento y orientación para una nueva y gran-

diosa dinámica, que lleve a «esa “civilización del amor”, de la cual Dios ha puesto la semilla en cada pueblo y en cada cultura» (ibíd., 33).

En su dimensión social y política, esta diaconía de la caridad es propia de los fieles laicos, llamados a promover orgánicamente el bien común, la justicia y a configurar rectamente la vida social (cf. encíclica *Deus caritas est*, 29). Una de las conclusiones pastorales de vuestras recientes reflexiones, es la de formar una nueva generación de dirigentes servidores. Atraer nuevos agentes laicos a este ámbito pastoral, merecerá ciertamente una especial solicitud por parte de los Pastores, atentos al porvenir. Quien aprende de Dios Amor será inevitablemente una persona para los demás. En efecto, «el amor de Dios se manifiesta en la responsabilidad por el otro» (encíclica *Spe salvi*, 28). Unidos a Cristo en su consagración al Padre, participamos de su compasión por las muchedumbres que reclaman justicia y solidaridad y, como el buen samaritano de la parábola, nos comprometemos a ofrecer respuestas concretas y generosas.

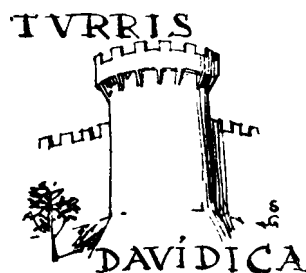
Con frecuencia, sin embargo, no es fácil lograr una síntesis satisfactoria entre la vida espiritual y la actividad apostólica. La presión ejercida por la cultura dominante, que presenta insistentemente un estilo de vida basado en la ley del más fuerte, en el lucro fácil y seductor, acaba por influir en nuestro modo de pensar, en nuestros proyectos y en el horizonte de nuestro servicio, con el riesgo de vaciarlos de aquella motivación de fe y esperanza cristiana que los había suscitado. Las numerosas e insistentes peticiones de ayuda y atención que nos presentan los pobres y marginados de la sociedad nos impulsan a buscar soluciones que respondan a la lógica de la eficacia, del resultado visible y de la publicidad. Queridos hermanos, la mencionada síntesis, sin embargo, es absolutamente necesaria para poder servir a Cristo en la humanidad que os espera. En este mundo dividido, se impone a todos una profunda y genuina unidad de corazón, de espíritu y de acción.

Entre tantas instituciones sociales al servicio del bien común, cercanas a las poblaciones necesitadas,

se hallan las de la Iglesia católica. Es preciso que esté clara su orientación, para que tengan una identidad bien definida: en la inspiración de sus objetivos, en la elección de sus recursos humanos, en los métodos de actuación, en la calidad de sus servicios, en la gestión seria y eficaz de los medios. La identidad nítida de las instituciones es un servicio real, con grandes ventajas para los que se benefician de ellas. Además de la identidad y unido a ella, un elemento fundamental de la actividad caritativa cristiana es su autonomía e independencia de la política y de las ideologías (cf. encíclica *Deus caritas est*, 31 b), si bien en colaboración con los organismos del Estado para alcanzar fines comunes.

Vuestras actividades asistenciales, educativas o caritativas han de completarse con proyectos de libertad que promuevan al ser humano, buscando la fraternidad universal. Aquí se sitúa el compromiso urgente de los cristianos en la defensa de los derechos humanos, preocupados por la totalidad de la persona humana en sus diversas dimensiones. Expreso mi profundo reconocimiento a todas las iniciativas sociales y pastorales que tratan de luchar contra los mecanismos socio-económicos y culturales que favorecen el aborto; y también a las que fomentan la defensa de la vida, así como la reconciliación y atención a las personas heridas por el drama del aborto. Las iniciativas que tienden a salvaguardar los valores esenciales y primarios de la vida, desde su concepción, y de la familia, fundada en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, ayudan a responder a algunos de los desafíos más insidiosos y peligrosos que hoy se presentan al bien común. Dichas iniciativas, junto a otras muchas formas de compromiso, son elementos esenciales para la construcción de la civilización del amor.

Todo esto está muy en sintonía con el mensaje de Nuestra Señora, que resuena en este lugar: la penitencia, la oración, el perdón en aras de la conversión de los corazones. Éste es el camino para edificar dicha civilización del amor, cuyas semillas puso Dios en el corazón de cada hombre y que la fe en Cristo Salvador hace germinar.



«El llamamiento valiente a los principios en su integridad es esencial e indispensable»

Discurso a los obispos de Portugal

Jueves, 13 de mayo

Venerados y queridos hermanos en el Episcopado:

Doy gracias a Dios por la oportunidad que me ha concedido de encontrarme con todos vosotros aquí, en el Santuario de Fátima, corazón espiritual de Portugal, donde multitudes de peregrinos, provenientes de los más diversos lugares de la tierra, buscan recuperar o fortalecer en sí mismos la certidumbre del Cielo. Entre ellos, ha venido de Roma el Sucesor de Pedro, acogiendo las reiteradas invitaciones y movido por una deuda de gratitud con la Virgen María, quien precisamente aquí ha transmitido a sus videntes y a los peregrinos un amor intenso por el Santo Padre, que fructifica en una vigorosa muchedumbre que reza con Jesús a la cabeza: Pedro, «yo he pedido por ti para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos» (Lc 22,32).

Como veis, el Papa necesita abrirse cada vez más al misterio de la Cruz, abrazándola como única esperanza y última vía para ganar y reunir en el Crucificado a todos sus hermanos y hermanas en humanidad. En obediencia a la Palabra de Dios, está llamado a vivir, no para sí mismo, sino para que Dios esté presente en el mundo. Me conforta la determinación con la que también vosotros me seguís de cerca, sin otro temor que el de perder la salvación eterna de vuestro pueblo, como muestran bien las palabras con las que monseñor Jorge Ortiga ha querido saludar mi llegada entre vosotros, y dar testimonio de la fidelidad incondicional de los obispos de Portugal al Sucesor de Pedro. Os lo agradezco de corazón. Gracias también por todo el cuidado que habéis puesto en la organización de esta visita mía. Que Dios os lo pague derramando abundantemente el Espíritu Santo sobre vosotros y vuestras diócesis, para que, con un solo corazón y una sola alma, podáis llevar a cabo el cometido pastoral que os habéis propuesto de ofrecer a cada fiel una iniciación cristiana exigente y fascinante, que comunique la integridad de la fe y de la espiritualidad, enraizada en el Evangelio y formadora de agentes libres en medio de la vida pública.

Verdaderamente, los tiempos en que vivimos exigen una nueva fuerza misionera en los cristianos,

llamados a formar un laicado maduro, identificado con la Iglesia, solidario con la compleja transformación del mundo. Se necesitan auténticos testigos de Jesucristo, especialmente en aquellos ambientes humanos donde el silencio de la fe es más amplio y profundo: entre los políticos, intelectuales, profesionales de los medios de comunicación, que profesan y promueven una propuesta monocultural, desdeñando la dimensión religiosa y contemplativa de la vida. En dichos ámbitos, hay muchos creyentes que se avergüenzan y dan una mano al secularismo, que levanta barreras a la inspiración cristiana. Entre tanto, queridos hermanos, quienes defienden con valor en estos ambientes un vigoroso pensamiento católico, fiel al Magisterio, han de seguir recibiendo vuestro estímulo y vuestra palabra esclarecedora, para vivir la libertad cristiana como fieles laicos.

Mantened viva en el escenario del mundo de hoy la dimensión profética, sin mordazas, porque «la palabra de Dios no está encadenada» (2 Tm 2,9). Las gentes invocan la Buena Nueva de Jesucristo, que da sentido a sus vidas y salvaguarda su dignidad. En cuanto primeros evangelizadores, os será útil conocer y comprender los diversos factores sociales y culturales, sopesar las necesidades espirituales y programar eficazmente los recursos pastorales; pero lo decisivo es llegar a inculcar en todos los agentes de la evangelización un verdadero afán de santidad, sabiendo que el resultado proviene sobre todo de la unión con Cristo y de la acción de su Espíritu.

En efecto, cuando en opinión de muchos la fe católica ha dejado de ser patrimonio común de la sociedad, y se la ve a menudo como una semilla acechada y ofuscada por «divinidades» y por los señores de este mundo, será muy difícil que la fe llegue a los corazones mediante simples disquisiciones o moralismos, y menos aún a través de genéricas referencias a los valores cristianos. El llamamiento valiente a los principios en su integridad es esencial e indispensable; no obstante, el mero enunciado del mensaje no llega al fondo del corazón de la persona, no toca su libertad, no cambia la vida. Lo que fascina

es sobre todo el encuentro con personas creyentes que, por su fe, atraen hacia la gracia de Cristo, dando testimonio de Él. Me vienen a la mente aquellas palabras del papa Juan Pablo II: «La Iglesia tiene necesidad sobre todo de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad entre los «fieles de Cristo», porque de la santidad nace toda auténtica renovación de la Iglesia, todo enriquecimiento de la inteligencia de la fe y del seguimiento cristiano, una reactualización vital y fecunda del cristianismo en el encuentro con las necesidades de los hombres y una renovada forma de presencia en el corazón de la existencia humana y de la cultura de las naciones» (Discurso en el vigésimo aniversario de la promulgación del decreto conciliar *Apostolicam actuositatem*, 18 noviembre 1985). Alguno podría decir: «La Iglesia tiene necesidad de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad... pero no los hay».

A este respecto, os confieso la agradable sorpresa que he tenido al encontrarme con los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales. Al observarlos, he tenido la alegría y la gracia de ver cómo, en un momento de fatiga de la Iglesia, en un momento en que se hablaba de «invierno de la Iglesia», el Espíritu Santo creaba una nueva primavera, despertando en jóvenes y adultos la alegría de ser cristianos, de vivir en la Iglesia, que es el Cuerpo vivo de Cristo. Gracias a los carismas, la radicalidad del Evangelio, el contenido objetivo de la fe, la corriente viva de su tradición se comunican de manera persuasiva y son acogidos como experiencia personal, como adhesión libre a todo lo que encierra el misterio de Cristo.

Naturalmente, es condición necesaria el que estas nuevas realidades quieran vivir en la Iglesia común, si bien con espacios en cierto modo reservados para su vida, de manera que ésta sea después fecunda para todos los demás. Quienes viven un carisma particular, han de sentirse fundamentalmente responsables de la comunión, de la fe común de la Iglesia, y deben someterse a la guía de los pastores. Éstos son quienes han de asegurar la eclesialidad de los movimientos. Los pastores no son sólo personas que ocupan un cargo, sino que ellos mismos son portadores de carismas, son responsables de la apertura de la Iglesia a la acción del Espíritu Santo. Nosotros, los obispos, estamos ungidos por el Espíritu Santo en el sacramento y, por tanto, el sacramento nos asegura también la apertura a sus dones. De este modo, por un lado, hemos de sentir la responsabilidad de acoger estos impulsos que son un don para la Iglesia y le dan nueva vitalidad, pero, por otro, hemos de ayudar también a los movimientos a encontrar el camino justo, haciendo correcciones con comprensión, esa comprensión espiritual y humana que sabe aunar la guía, el reconocimiento y una cierta apertura y disponibilidad para aprender.

Decid o reiterad precisamente esto a vuestros presbíteros. En este Año Sacerdotal, que está llegando a su conclusión, descubrid de nuevo, queridos hermanos, la paternidad episcopal sobre todo respecto a vuestro clero. Se ha relegado a un segundo plano durante demasiado tiempo la responsabilidad de la autoridad como servicio para el crecimiento de los demás y, antes que nadie, de los sacerdotes. Ellos están llamados a servir en su ministerio pastoral integrados en una acción pastoral de comunión o de conjunto, como nos recuerda el decreto conciliar *Presbyterorum ordinis*: «Ningún presbítero, por tanto, puede realizar bien su misión de manera aislada e individualista, sino únicamente juntando sus fuerzas con otros presbíteros bajo la dirección de los que presiden la Iglesia» (n. 7). Esto no quiere decir volver al pasado, ni un simple retorno a los orígenes, sino recuperar el fervor de los orígenes, la alegría del comienzo de la experiencia cristiana, haciéndose acompañar por Cristo como los «discípulos de Emaús» el día de Pascua, dejando que su palabra nos encienda el corazón, que el «pan partido» abra nuestros ojos a la contemplación de su rostro. Sólo de este modo el fuego de su amor será suficientemente ardiente para impulsar a todo fiel cristiano a convertirse en dispensador de luz y de vida en la Iglesia y entre los hombres.

Antes de concluir, me gustaría pedirlos, como presidentes y ministros de la caridad en la Iglesia, que deis nuevo vigor en vosotros mismos y en vuestro entorno a sentimientos de misericordia y compasión, capaces de responder a situaciones de graves carencias en la sociedad. Que se instituyan organizaciones y se perfeccionen las ya existentes, para que puedan responder con creatividad a todas las pobreza, incluida la de la falta de sentido de la vida y la ausencia de esperanza. Es muy loable el esfuerzo que hacéis para ayudar a las diócesis más necesitadas, especialmente en los países de habla portuguesa. Que las dificultades que ahora se hacen sentir mayormente no os debiliten en la lógica del don. Que siga siendo muy vivo en el país vuestro testimonio de profetas de justicia y de paz, defensores de los derechos inalienables de la persona, uniendo vuestra voz a la de los más débiles, a los que sabiamente habéis motivado a que tengan su propia voz, sin temer nunca levantar vuestra voz en favor de los oprimidos, los humillados y maltratados.

A la vez que os encomiendo a Nuestra Señora de Fátima, pidiéndole que os sostenga maternalmente en los retos que se os presentan, para que seáis promotores de una cultura y una espiritualidad de caridad y de paz, de esperanza y justicia, de fe y de servicio, os imparto de corazón la bendición apostólica, que se extiende a vuestros familiares y a vuestras comunidades diocesanas.

«Estamos llamados a servir a la humanidad de nuestro tiempo, confiando únicamente en Jesús»

Homilía en la misa celebrada en la avenida de los Aliados (Oporto)

Viernes, 14 de mayo

Queridos hermanos y hermanas:

«En el libro de los Salmos está escrito: [...] «que su cargo lo ocupe otro». Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección» (Hch 1, 20-22). Así habló Pedro, leyendo e interpretando la palabra de Dios en medio de sus hermanos, reunidos en el Cenáculo después de la Ascensión de Jesús a los cielos. El elegido fue Matías, que había sido testigo de la vida pública de Jesús y de su triunfo sobre la muerte, permaneciendo fiel hasta el final, a pesar del abandono de muchos. La «desproporción» de fuerzas en acción, que hoy nos asusta, impresionaba ya hace dos mil años a los que veían y escuchaban a Jesús. Desde las playas del lago de Galilea hasta las plazas de Jerusalén, Jesús se encontraba prácticamente solo en los momentos decisivos; eso sí, en unión con el Padre, guiado por la fuerza del Espíritu. Y con todo, el mismo amor que un día creó el mundo hizo que surgiese la novedad del Reino como una pequeña semilla que brota en la tierra, como un destello de luz que irrumpe en las tinieblas, como aurora de un día sin ocaso: es Cristo resucitado. Y apareció a sus amigos mostrándoles la necesidad de la cruz para llegar a la resurrección.

Aquel día Pedro buscaba un testigo de todas estas cosas. De los dos que presentaron, y el cielo designó a Matías, y «lo asociaron a los once apóstoles» (Hch 1, 26). Hoy celebramos su gloriosa memoria en esta «Ciudad invicta», que se ha vestido de fiesta para acoger al Sucesor de Pedro. Doy gracias a Dios por haberme traído hasta vosotros, y encontraros en torno al altar. Os saludo cordialmente, hermanos y amigos de la ciudad y diócesis de Porto, así como a los que habéis venido de la provincia eclesiástica del norte de Portugal y también de la vecina España, y a cuantos se encuentran en comunión física o espiritual con nuestra asamblea litúrgica. Saludo al obispo de Oporto, monseñor Manuel Clemente, que deseaba con mucha solicitud mi visita, y me ha recibido con gran afecto, haciéndose intérprete de vuestros sentimientos al comienzo de esta Eucaristía. Saludo a sus predecesores y a los

demás hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, los consagrados y las consagradas, y a los fieles laicos, especialmente a todos aquellos que están comprometidos activamente en la misión diocesana y, más en concreto, en la preparación de mi visita. Sé que han podido contar con la colaboración efectiva del alcalde de Oporto y de otras autoridades públicas, muchas de las cuales me honran hoy con su presencia; aprovecho este momento para saludarles y asegurarles, a ellos y a cuantos representan y sirven, los mejores éxitos para el bien de todos.

«Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección de Jesús», decía Pedro. Y su Sucesor actual repite a cada uno de vosotros: Hermanos y hermanas míos, hace falta que os asociéis a mí como testigos de la resurrección de Jesús. En efecto, si vosotros no sois sus testigos en vuestros ambientes, ¿quién lo hará por vosotros? El cristiano es, en la Iglesia y con la Iglesia, un misionero de Cristo enviado al mundo. Ésta es la misión apremiante de toda comunidad eclesial: recibir de Dios a Cristo resucitado y ofrecerlo al mundo, para que todas las situaciones de desfallecimiento y muerte se transformen, por el Espíritu, en ocasiones de crecimiento y vida. Para eso debemos escuchar más atentamente la Palabra de Cristo y saborear asiduamente el Pan de su presencia en las celebraciones eucarísticas. Esto nos convertirá en testigos y, aún más, en portadores de Jesús resucitado en el mundo, haciéndolo presente en los diversos ámbitos de la sociedad y a cuantos viven y trabajan en ellos, difundiendo esa vida «abundante» (cf. Jn 10, 10) que ha ganado con su cruz y resurrección y que sacia las más legítimas aspiraciones del corazón humano.

Sin imponer nada, proponiendo siempre, como Pedro nos recomienda en una de sus cartas: «Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere» (1 Pe 3, 15). Y todos, al final, nos la piden, incluso los que parece que no lo hacen. Por experiencia personal y común, sabemos bien que es a Jesús a quien todos esperan. De

Los beatos Jacinta y Francisco, y la sierva de Dios Lucía, los videntes de Fátima.



hecho, los anhelos más profundos del mundo y las grandes certezas del Evangelio se unen en la inexcusable misión que nos compete, puesto que «sin Dios el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es. Ante los grandes problemas del desarrollo de los pueblos, que nos impulsan casi al desasosiego y al abatimiento, viene en nuestro auxilio la palabra de Jesucristo, que nos hace saber: “Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5). Y nos anima: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final del mundo” (Mt 28, 20)» (encíclica *Caritas in veritate*, 78).

Aunque esta certeza nos conforte y nos dé paz, no nos exime de salir al encuentro de los demás. Debemos vencer la tentación de limitarnos a lo que ya tenemos, o creemos tener, como propio y seguro: sería una muerte anunciada, por lo que se refiere a la presencia de la Iglesia en el mundo, que por otra parte, no puede dejar de ser misionera por el dinamismo difusivo del Espíritu. Desde sus orígenes, el pueblo cristiano ha percibido claramente la importancia de comunicar la Buena Noticia de Jesús a cuantos todavía no lo conocen. En estos últimos años, ha cambiado el panorama antropológico, cultural, social y religioso de la humanidad; hoy la Iglesia está llamada a afrontar nuevos retos y está preparada para dialogar con culturas y religiones diversas, intentando construir, con todos los hombres de buena voluntad, la convivencia pacífica de los pueblos. El campo de la misión *ad gentes* se presenta hoy notablemente dilatado y no definible solamente en base a consideraciones geográficas; efectivamente, nos esperan no solamente los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, sino también los ámbitos socio-culturales y sobre todo los corazones que

son los verdaderos destinatarios de la acción misionera del Pueblo de Dios.

Se trata de un mandamiento, cuyo fiel cumplimiento «debe caminar, por moción del Espíritu Santo, por el mismo camino que Cristo siguió, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio, y de la inmolación de sí mismo hasta la muerte, de la que salió victorioso por su resurrección» (decreto *Ad gentes*, 5). Sí, estamos llamados a servir a la humanidad de nuestro tiempo, confiando únicamente en Jesús, dejándonos iluminar por su Palabra: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure» (Jn 15, 16). ¡Cuánto tiempo perdido, cuánto trabajo postergado, por inadvertencia en este punto! En cuanto al origen y la eficacia de la misión, todo se define a partir de Cristo: la misión la recibimos siempre de Cristo, que nos ha dado a conocer lo que ha oído a su Padre, y el Espíritu Santo nos capacita en la Iglesia para ella. Como la misma Iglesia, que es obra de Cristo y de su Espíritu, se trata de renovar la faz de la tierra partiendo de Dios, siempre y sólo de Dios.

Queridos hermanos y amigos de Oporto, levantad los ojos a aquella que habéis elegido como patrona de la ciudad, Nuestra Señora de Vandoma. El Ángel de la anunciación saludó a María como «llena de gracia», significando con esta expresión que su corazón y su vida estaban totalmente abiertos a Dios y, por eso, completamente desbordados por su gracia. Que ella os ayude a hacer de vosotros mismos un «sí» libre y pleno a la gracia de Dios, para que podáis ser renovados y renovar la humanidad a través de la luz y la alegría del Espíritu Santo.

«Sigamos caminando en la esperanza»

Discurso de despedida en el aeropuerto de Oporto

Viernes, 14 de mayo

Señor presidente de la República,
ilustrísimas autoridades,
queridos hermanos en el Episcopado,
queridos amigos:

Llegado el final de mi visita, vuelvo a sentir en mi espíritu la intensidad de tantos momentos vividos en esta peregrinación a Portugal. Conservo en el alma la cordialidad de vuestra acogida afectuosa, el calor y la espontaneidad que han consolidado los vínculos de comunión en los encuentros con los grupos, el esfuerzo que ha supuesto la preparación y realización del programa pastoral previsto.

En este momento de despedida, expreso a todos mi más sincera gratitud: al señor presidente de la República, que desde que he llegado me ha honrado con su presencia, a mis hermanos obispos con los que he renovado la profunda unión en el servicio al Reino de Cristo, al Gobierno y a todas las autoridades civiles y militares, que se han prodigado durante todo el viaje con manifiesta dedicación. Os deseo toda clase de bienes. Los medios de comunicación social me han permitido acercarme a muchas personas, a las que no me era posible ver de cerca. También a ellos les estoy muy agradecido.

En el momento de despedirme de vosotros, saludo a todos los portugueses, católicos o no, a los hombres y mujeres que viven aquí, aunque no hayan nacido aquí. Que no deje de crecer entre vosotros la concordia, que es esencial para una sólida cohesión, y camino obligado para afrontar con responsabili-

dad común los desafíos que tenéis por delante. Que esta gloriosa nación siga manifestando su grandeza de alma, su profundo sentido de Dios, su apertura solidaria, guiada por principios y valores impregnados por el humanismo cristiano. En Fátima, he rezado por el mundo entero, pidiendo que el porvenir nos depare una mayor fraternidad y solidaridad, un mayor respeto recíproco y una renovada confianza y familiaridad con Dios, nuestro Padre que está en los cielos.

Con gozo he sido testigo de la fe y devoción de la comunidad eclesial portuguesa. He podido ver el entusiasmo de los niños y los jóvenes, la fiel adhesión de los presbíteros, diáconos y religiosos, la dedicación pastoral de los obispos, el deseo expreso de buscar la verdad y la belleza en el mundo de la cultura, la creatividad de los trabajadores de la pastoral social, la fe vibrante de los fieles en las diócesis que he visitado. Deseo que mi visita sea un incentivo para un renovado ardor espiritual y apostólico. Que el Evangelio sea acogido en su integridad y testimoniado con pasión por cada discípulo de Cristo, para que sea fermento de auténtica renovación de toda la sociedad.

Por la intercesión de Nuestra Señora de Fátima, a la que invocáis con tanta confianza y firme amor, imploro de Dios que mi bendición apostólica, portadora de esperanza, paz y ánimo, descienda sobre Portugal y sobre todos sus hijos e hijas. Sigamos caminando en la esperanza. Adiós.



El «secreto» de Fátima: primera y segunda parte

Tendré que hablar algo del secreto, y responder al primer punto interrogativo.

¿Qué es el secreto?

Me parece que lo puedo decir, pues ya tengo licencia del Cielo. Los representantes de Dios en la tierra me han autorizado a ello varias veces y en varias cartas; juzgo que V. Excia. Rvma. conserva una de ellas, del R. P. José Bernardo Gonçalves, aquella en que me manda escribir al Santo Padre. Uno de los puntos que me indica es la revelación del secreto. Sí, ya dije algo; pero, para no alargar más ese escrito que debía ser breve, me limité a lo indispensable, dejando a Dios la oportunidad de un momento más favorable.

Pues bien; ya expuse en el segundo escrito, la duda que, desde el 13 de junio al 13 de julio, me atormentó; y cómo en esta aparición todo se desvaneció.

Ahora bien, el secreto consta de tres partes distintas, de las cuales voy a revelar dos.

La primera fue, pues, la visión del infierno.

Nuestra Señora nos mostró un gran mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que caían hacia todos los lados, parecidas al caer de las pavesas en los grandes incendios, sin equilibrio ni peso, entre gritos de dolor y gemidos de desesperación que horrorizaba y hacía estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes y negros.

Esta visión fue durante un momento, y ¡gracias a nuestra Buena Madre del Cielo, que antes nos había prevenido con la promesa de llevarnos al Cielo! (en la primera aparición). De no haber sido así, creo que hubiésemos muerto de susto y pavor.

Inmediatamente levantamos los ojos hacia Nuestra Señora que nos dijo con bondad y tristeza:

— Visteis el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra pronto terminará. Pero si no dejaren de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre. Para impedirlo, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados. Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz.



El «secreto» de Fátima: tercera parte

J.M.J.

Tercera parte del secreto revelado el 13 de julio de 1917 en la Cova de Iria-Fátima.

Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenáis por medio de Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo de Leiria y de la Santísima Madre vuestra y mía.

Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel, señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, penitencia, penitencia! Y vimos en una inmensa luz que es Dios: «algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él» a un obispo vestido de blanco «hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre». También a otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la cruz había dos ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios.

Tuy-3-1-1944.



«La mayor persecución de la Iglesia no procede de enemigos externos»

GERARDO MANRESA PRESAS

DURANTE el vuelo del papa Benedicto XVI a Portugal, el padre Lombardi preguntó a Su Santidad sobre la posibilidad en que el mensaje del tercer secreto de Fátima pudiera ir más allá del atentado sufrido por Juan Pablo II y pudiera extenderse al sufrimiento de los papas, que es el sufrimiento de la Iglesia.

La respuesta del Papa, tras unas palabras introductorias, fue esta: «De este modo, diría también aquí que, además de la gran visión del sufrimiento del Papa, que podemos referir al papa Juan Pablo II en primera instancia, se indican realidades del futuro de la Iglesia, que se desarrollan y muestran paulatinamente. Por eso, es verdad que además del momento indicado en la visión, se habla, se ve la necesidad de una pasión de la Iglesia, que naturalmente se refleja en la persona del Papa, pero el Papa está por la Iglesia y, por tanto, son sufrimientos de la Iglesia los que se anuncian. El Señor nos ha dicho que la Iglesia tendría que sufrir siempre, de diversos modos, hasta el fin del mundo. Lo importante es que el mensaje, la respuesta de Fátima, no tiene que ver sustancialmente con devociones particulares, sino con la respuesta fundamental, es decir, la conversión permanente, la penitencia, la oración, y las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. De este modo, vemos aquí la respuesta verdadera y fundamental que la Iglesia debe dar, que nosotros, cada persona, debemos dar en esta situación. La novedad que podemos descubrir hoy en este mensaje reside en el hecho de que los ataques al Papa y a la Iglesia no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en la Iglesia. También esto se ha sabido siempre. Pero hoy lo vemos de modo realmente tremendo: que la mayor persecución de la Iglesia no procede de los enemigos externos, sino que nace del pecado de la Iglesia y que la Iglesia, por tanto, tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender, de una parte el perdón, pero también la necesidad de la justicia. El perdón no sustituye a la justicia. En una palabra, debemos volver a aprender estas cosas esenciales: la conversión, la oración, la penitencia y las virtudes

teologales. De este modo, respondemos, somos realistas al esperar que el mal ataca siempre, ataca desde el interior y desde el exterior, pero también que las fuerzas del bien están presentes y que, al final, el Señor es más fuerte que el mal, y la Virgen para nosotros es la garantía visible y materna de la bondad de Dios, que es siempre la última palabra de la historia.»

El enemigo interno de la Iglesia

EL Papa está hablando de un secreto revelado por la Virgen María a Lucía en Fátima, en 1917, y comunicado por escrito al papa Pío XII en 1944. Por tanto, lo que Benedicto XVI llama novedad debe entenderse que sucede desde hace casi un siglo, pero parece que hay un cambio importante. Nos dice el Papa: la novedad que podemos descubrir hoy en este mensaje reside en el hecho de que los ataques al Papa y a la Iglesia no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en la Iglesia.

Siempre, en cada uno de los miembros de la Iglesia, ha habido pecado, y siempre la Iglesia ha padecido por ello. Los católicos, a lo largo de los siglos, se han reconocido pecadores y, cuando han pecado, han sido conscientes de que faltaban a la ley de Dios. La Iglesia ha recordado siempre a sus hijos lo que dice el Papa; es decir, la conversión permanente, la penitencia, la oración, y las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

Pero el Papa dice que la Iglesia tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender, de una parte el perdón, pero también la necesidad de la justicia. Es decir, que tácitamente dice que hoy día no se reconoce el pecado que se comete, que los católicos no tienen conciencia de sus pecados. Esto es una realidad desde hace tiempo: los confesionarios están vacíos, nadie se reconoce culpable y lo peor es que algunos sacerdotes afirman que todos los hombres se salvan y que no es necesario confesarse.

Nuestro maestro Francisco Canals recordaba la

conocida afirmación de que lo mejor que ha hecho Satanás, en estos últimos años, ha sido hacer creer a muchos católicos que él ya no existía; por tanto, que no hay mal en la tierra, que no existe el pecado, que todos somos hijos de Dios y Dios, que nos ama, no dejará que nos condenemos.

Realmente lo que parece querer decir el Papa en esta respuesta es esto: que el diablo intenta hacer desaparecer la conciencia de pecado de la Iglesia y que debemos volver a aprender estas cosas esenciales: la conversión, la oración, la penitencia y las virtudes teologales, es decir, que hemos de volver a tener conciencia de que somos pecadores llamados a la conversión. Y este es uno de los principales mensajes, por no decir el más importante, de la Virgen a los tres pastorcillos de Fátima: sacrificios y penitencia para la reparación de los pecados.

Pero, de este pecado de la Iglesia que no es reconocido, que no es reparado, de este sufrimiento de la Iglesia que se muestra en el tercer mensaje de Fátima, de esta acción diabólica en la Iglesia, ya nos empezó a hablar el papa Pablo VI pocos años después del Concilio Vaticano II, en la homilía de la misa del día de san Pedro y san Pablo del año 1972.

Decía Pablo VI tener la sensación de que por alguna fisura ha entrado el «humo de Satanás» en el templo de Dios. Es la duda, la incertidumbre, la problemática, la inquietud, la insatisfacción, la comparación. No se fían de la Iglesia; se fían del primer profeta profano que viene a hablarles, de cualquier periódico, o de cualquier movimiento social para seguirlo y preguntarle si tiene la fórmula de la verdadera vida. Por el contrario, ya no nos damos cuenta de ser nosotros los amos y maestros. Ha entrado la duda en nuestras conciencias y ha entrado por ventanas que, por el contrario, debían estar abiertas a la luz. De la ciencia, que ha sido hecha para entregarse a verdades que no separan de Dios, sino que lo hacen acercarse todavía más y alabarle con más intensidad, ha venido, por el contrario, la crítica, ha venido la duda. Los científicos son los que más penosamente y más dolorosamente han bajado la frente. Y acaban por enseñar: «No, no sabemos, no podemos saber». La escuela viene a ser palestra de confusiones y de contradicciones a veces absurdas. Se celebra el progreso para poder demolerlo después con la revolución más extraña y más radical, para negar todo lo que se ha conquistado, para volver a lo primitivo después de haber exaltado todos los progresos modernos.

También en la Iglesia reina este estado de incertidumbre. Se creía que después del Concilio vendrían días luminosos para la historia de la Iglesia. Por el contrario, han venido días nublados, tempestuosos, vacíos, de búsqueda, de incertidumbre. Pre-

dicamos el ecumenismo y nos distanciamos cada vez más de los otros. Procuramos ahondar abismos en vez de llenarlos. ¿Cómo ha ocurrido esto?

Creemos en que algo preternatural venido del mundo que le es propio para turbar, para sofocar los frutos del Concilio Ecuménico, y para impedir que la Iglesia exultase con el himno de gozo de haber recibido en su plenitud la conciencia de sí.

Esta situación presentada por Pablo VI parece similar a la que expresa Benedicto XVI, y que viene a ser lo que pretende reflejar el tercer mensaje de Fátima, el sufrimiento del Papa y de la Iglesia: el enemigo está dentro de la Iglesia.

No debemos temer, pues, como dice Benedicto XVI: el Señor nos ha dicho que la Iglesia tendría que sufrir siempre, de diversos modos, hasta el fin del mundo. Este sufrimiento está reflejado en muchos puntos del Evangelio, incluso esta novedad que dice el Papa de que los ataques al Papa y a la Iglesia no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, también son preanunciados por san Juan, en sus cartas y en el Apocalipsis, y por san Pablo, en sus cartas y en los Hechos de los Apóstoles.

Dice san Juan en su primera carta (1 Jn 2,18-25):

«Hijitos, es la última hora, y, según oísteis que viene un anticristo, ahora, han aparecido muchos anticristos, de donde conocemos que es la última hora. De nosotros salieron, mas no eran de los nuestros; pues si de nosotros fueran, hubieran permanecido con nosotros; pero acontece así para que se ponga de manifiesto que no todos son de nosotros. Y vosotros tenéis la unción del que es Santo, y lo sabéis todo. No os escribí porque no sepáis la verdad, sino porque la sabéis y porque la mentira no viene de la verdad. ¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús sea el Mesías?»

Cuando san Pablo reúne a todos los presbíteros en Éfeso, para despedirse de ellos, les dice (Hch 20,25-31): Y ahora he aquí que yo sé que ya no veréis más mi rostro vosotros todos, entre quienes anduve predicando el Reino. Porque yo os testifico en el día de hoy que soy inocente de la sangre de todos, pues no me retraje de anunciaros todo el designio de Dios. Mirad por vosotros mismos y por toda la grey, en medio de la cual el Espíritu Santo os puso por obispos para pastorear la Iglesia de Dios, que Él hizo suya con su propia sangre. Yo sé que después de mi partida se introducirán entre vosotros lobos bravíos que no perdonarán a la grey; y de entre vosotros mismos surgirán hombres que enseñarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos en pos de sí. Por lo cual vigilad, recordando que durante un trienio, noche y día, no cesé de amonestar con lágrimas a cada uno en particular.»

Podríamos aportar más textos, incluso más claros, pero los referidos son suficientes para remarcar la presencia de enemigos internos en la Iglesia.

El Señor es más fuerte que el mal

Todo ello ha de sufrirlo la Iglesia de Dios, lo sabemos, pero la promesa del Señor está por encima de todo y así nos lo confirman Pablo VI y Benedicto XVI.

Decía Pablo VI en aquella homilía:

«Por esto queremos ser más capaces que nunca en este momento de ejercitar la función asignada por Dios a Pedro de confirmar en la fe a sus hermanos. Nos queremos comunicaros este carisma de la certeza que el Señor da a aquel que lo representa aunque indignamente en este mundo. La fe nos da la certeza, la seguridad, cuando está fundada en la palabra de Dios... quien cree con sencillez, con humildad, siente que está en el buen camino y tiene un testimonio interior que lo conforta en la difícil conquista de la verdad.

»El Señor se nos muestra a sí mismo como luz y verdad a quien lo acepta en su Palabra, y su Palabra no es obstáculo a la verdad y al camino hacia el ser pero en un grado del que podamos salir y ser de verdad conquistados del Señor que se muestra a través del camino de la fe, este anticipo es garantía de la visión definitiva.

»Y veremos que esta fuerza de la fe, que esta seguridad, triunfa sobre todos los obstáculos, triunfa de todos los obstáculos.

»Señor, creo en tu palabra, en tu revelación, creo en los que me has dado como testimonio y garantía

de esta tu revelación para sentir y gustar, con la fuerza de la fe, el anticipo de la bienaventuranza de la vida que con la fe nos es prometida.»

Y Benedicto XVI también acaba la exposición de su preocupación por los sufrimientos de la Iglesia con estas afirmaciones que nos animan a continuar nuestro camino:

«En una palabra, debemos volver a aprender estas cosas esenciales: la conversión, la oración, la penitencia y las virtudes teologales (la fe, la esperanza y la caridad). De este modo, respondemos, somos realistas al esperar que el mal ataca siempre, ataca desde el interior y desde el exterior, pero también que las fuerzas del bien están presentes y que, al final, el Señor es más fuerte que el mal, y la Virgen para nosotros es la garantía visible y materna de la bondad de Dios, que es siempre la última palabra de la historia.»

Estas palabras de Benedicto XVI en Fátima, recordándonos que la Virgen para nosotros es la garantía visible y materna de la bondad de Dios, vienen a confirmar lo que san Luis M^a. Grignion de Montfort tanto nos repite, que ella es el medio más seguro, más fácil, más corto y el más perfecto camino para ir a Jesucristo¹ y por ello el Papa espera que en estos siete años que restan para el centenario de las Apariciones se logre ya el triunfo del Corazón Inmaculado de María, nuestra Madre, como prometió a Jacinta, Francisco y Lucía.

1. *Tratado de la verdadera devoción*, 55.



Jesús vuelve a Galilea

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

Después de su breve estancia en Siquem de Samaria, Jesús vuelve a su tierra, a la Galilea de su juventud. Siguiendo los evangelios concordados, hay dos episodios relacionados con este retorno: uno de san Juan, «*El hijo del funcionario de Cafarnaúm*»; y otro de san Lucas que podemos denominar «*la Sinagoga de Nazaret*», en la que Jesús es perseguido e incluso intentan despeñarlo desde la ladera del llamado «Monte de la precipitación». Vamos a contemplar estos episodios, y lo que podemos deducir de las circunstancias narradas por los evangelistas.

El hijo del funcionario

Según la concordancia que nosotros manejamos, después de la primera Pascua de la vida pública, y tras su paso por Samaria, la primera población galilea en la que estuvo Jesús fue Caná, la de las bodas. Veamos el texto de san Juan:

«... Volvió a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Estaba allí un funcionario de la corte que tenía un hijo enfermo en Cafarnaúm. Oyendo que Jesús había venido de Judea a Galilea, fue a su encuentro y le suplicó que bajase a curar a su hijo, que se estaba muriendo. Jesús le dijo: Si no veis milagros y prodigios no creéis. El funcionario de la corte le respondió: Señor, ten la bondad de bajar antes que muera mi hijo. Le replicó Jesús: Vete, tu hijo está bien. El hombre creyó en la palabra de Jesús y se alejó. Mientras él caminaba, salieron a su encuentro sus criados para decirle: Tu hijo está bien. Les preguntó la hora en que había comenzado a sentirse mejor; ayer, hacia la una del mediodía, respondieron ellos. Comprobó el padre que esta misma era la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo está bien. Y creyeron él y toda su familia. Este fue el segundo milagro realizado por Jesús a su regreso de Judea a Galilea ...» (Jn 4, 46-54)

Le suplicó que «bajase» a curar, fijémonos en la expresión «bajar» en dirección a la orilla del lago. Este tipo de expresiones son muy habituales en el Evangelio, son pequeños hitos de situación, que nosotros queremos resaltar, incidiendo en el hilo con-

ductor de estos comentarios. La distancia entre Caná y Cafarnaúm, de unos veinte kilómetros, es como de una jornada de camino, y presenta un desnivel considerable, debido, claro está, a las características del lago de Genesaret a unos doscientos metros bajo el nivel del mar.

Jesús está con un importante grupo de discípulos. Probablemente, si los que contrajeron nupcias eran parientes de Jesús (o de su Madre), el Maestro tenía allí, donde había realizado el milagro, un primer núcleo de seguidores. En este contexto, viene un funcionario de Cafarnaúm, población en la que Jesús ya había estado con María su madre y donde más adelante se desarrollará la mayor parte de su predicación; este funcionario de la corte de Herodes Antipas (que gobernaba Galilea), tenía un hijo enfermo de muerte y, sabiendo que el Maestro está en Galilea, le busca, y lo encuentra en Caná. Va él personalmente, no envía criados. Sin duda tiene confianza en que Jesús bajará con él a Cafarnaúm para curarle, pero nuestro Señor pone a prueba su fe y le hace volver «... vete, tu hijo está bien ...». Después, cuando él baja, son los criados del funcionario los que corren en su busca para darle la buena noticia.

Conviene una pequeña advertencia sobre un error modernista que frecuentemente se desliza, a raíz de este episodio, en algunas homilías y comentarios bíblicos. Se trata de los que asimilan este relato de san Juan, con los que dos de los evangelios sinópticos (san Mateo y san Lucas) hacen sobre la curación del criado del centurión. Estos comentaristas, que no creen en el valor histórico de los evangelios, piensan que ambos episodios son narrados con un fin catequético, pero no dan credibilidad a los detalles. Para ellos les da igual el funcionario de Antipas que el centurión, y a su vez el hijo en vez del criado. Esto parecerá una ligereza, pero la intención es peor que esto, se trata de introducir la duda. Son claramente episodios distintos, pero cuando se relativiza la narración se puede llegar a cualquier conclusión, por absurda que parezca. En la lectura completa de los evangelios, se comprende el contexto de lo que dice san Juan en su epílogo: «... muchos otros milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro, pero estos se han escrito con el fin de que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengáis



La colina de la Precipitación

vida en su nombre ...» (Jn 20, 30 - 31); «... este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y las ha escrito, y sabemos que su testimonio es verdadero. Muchas otras cosas hay que hizo Jesús, que si se escribieran una por una, me parece que no cabrían en el mundo los libros que se habrían de escribir ...» (Jn 21, 24 - 25).

Predicación fallida en Nazaret

Después de este milagro, Jesús se dirige al que había sido su lugar de residencia, la pequeña Nazaret, muy cercana a Caná (unos diez kilómetros), en la que no obstante su escasa población, de unas diez o quince familias, tenía su propia sinagoga en la que Jesús, lógicamente era conocido.

«... Llegó a Nazaret, donde se había criado, y entró, según costumbre, un sábado en la sinagoga, y se levantó a hacer la lectura. Se le entregó el libro del profeta Isaías y, al desenrollarlo, halló el pasaje en que está escrito: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha consagrado; me ha enviado a predicar la buena nueva a los pobres, a anunciar a los cautivos la liberación, y el don de la vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a promulgar un año de gracia del Señor” (Is 61, 1; 63, 6). Y enrollando el libro, lo entregó al ministro y se sentó. Y los ojos de todos los asistentes a la sinagoga estaban fijos en Él. Comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta escritura, en vuestra presencia. Todos daban testimonio de Él y se admiraban de las palabras llenas de gracia que brotaban de sus labios, y decían. ¿No es este el hijo de José? Y les respondió: Me vais a aplicar sin duda este refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Haz aquí, en tu tierra, cuanto hemos oído que has hecho en Cafarnaúm. Y añadió: En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria. Ciertamente os digo: Muchas viudas había en Israel en tiempo de Elías,

cuando el cielo permaneció sin llover por espacio de tres años y seis meses, ocasionando grande hambre en todo el país; sin embargo, a ninguno fue enviado, sino sólo a una viuda que vivía en Sarepta, en territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y solamente fue curado Naamán el Sirio. Al oír esto, todos los que estaban en la sinagoga se llenaron de cólera. Se levantaron y lo expulsaron de la ciudad y lo llevaron hasta la cima del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad, con intención de despeñarlo. Mas Él, pasando por entre ellos, se marchó ...» (Lc 4, 16-30)

Jesús lee el libro de Isaías en la sinagoga de Nazaret. San Lucas especifica «Nazaret, donde se había criado». En este episodio, a diferencia del anterior, sí hay otra narración similar en los textos de san Mateo y san Marcos, referentes a una vuelta a Nazaret, en la que sus habitantes no le hacen caso (le llama san Marcos, «el carpintero»; o san Mateo, «el hijo del carpintero»). Aquí no sería un error modernista, porque aunque varía algún detalle, lo sustancial permanece. No obstante, pese a que podría tratarse de la misma visita que aquí narra san Lucas, al estar en distinto lugar de la narración, y describirse hechos diferentes, o más bien complementarios, en los evangelios concordados se suelen poner por separado, como referentes a dos visitas distintas de Jesús a Nazaret.

En ésta que narra san Lucas, no hay tan sólo desprecio, sino una verdadera agresión, ya que pretenden precipitarle desde un monte. Aunque fuera el mismo episodio, bien puede contemplarse separadamente; además, Jesús es aquí atacado porque dice claramente que es el Mesías. En las versiones de san Mateo y san Marcos no hay agresión, pero parece tratarse de una visita posterior, que en las concordancias suele situarse en el segundo o tercer año de la vida pública de Jesús. Como los evangelios concordados se hacen principalmente para la lectura contemplativa, ambas narraciones, aunque se tratara del mismo hecho, se enriquecen con los detalles que aporta cada evangelista.

El montículo mencionado, existe en Nazaret, y se trata de una elevación suave, si se accede desde la ciudad, pero en cambio es un verdadero barranco por el otro lado. La fotografía corresponde a dicho lugar, visto desde la carretera por la que se va hacia Tiberíades, es decir, por el lado escarpado.



Pequeñas lecciones de historia

El Cura de Ars (y VIII): Las distinciones honoríficas

GERARDO MANRESA

DESPUÉS de más de treinta años como párroco de Ars y de su extraordinaria labor por el bien de las almas de la gente del pueblo y de todos los peregrinos que diariamente llegaban para confesarse y oír la predicación del santo, el obispo de Belley, monseñor Chalandon, le quiso distinguir dándole una canonjía, sin que el santo lo supiera.

El hermano Atanasio, de la Sagrada Familia, que dirigía el colegio de niños de Ars, narra así la entrega realizada por el mismo obispo: «Vino a Ars para hacer al señor Vianney lo que él llama una mascarada, quiero decir que le dio la canonjía. He aquí lo sucedido: Nadie conocía el fin de la visita de monseñor. Al día siguiente de su llegada, monseñor, entrando en la iglesia y siendo recibido a la puerta por el señor cura, ha sacado una muceta de canónigo de debajo de la suya y se dispuso a ponérsela al señor Vianney, que, viéndolo, se defendió como pudo. El señor Poncet, vicario general, que acompañaba a monseñor, junto con el señor Pernet, profesor del Seminario mayor, cogieron al señor Vianney, cada uno por un brazo, mientras que monseñor le imponía la muceta y se la abotonaba, a pesar de las protestas de éste, que decía: “En lugar de dármelo a mí, pobre cura a quien van mal las cosas, dádselo a mi auxiliar; le irá mejor que a mí”. Pero le haya gustado o no ha tenido que llevarlo durante la misa y la plática que hizo el obispo».

Con la muceta de canónigo, decía la condesa de Garets, que «parecía un condenado que se encaminaba al suplicio, la cuerda al cuello».

Fue el único día que llevó la muceta; al día siguiente no vaciló en venderla a María Ricotier, una señora de Ars, fiel seguidora del santo, para conseguir dinero para sus fundaciones. Esta señora se la compró, pero se la dejó en usufructo. Ella misma explica: «Volvía de Villefranche y daba cuentas al cura de un encargo que me había mandado: “Llegáis a tiempo, me dijo, quiero venderos la muceta. Se la había ofrecido al señor cura de Amberieux, que no ha querido darme doce francos. Vos me daréis quince. –Vale más, le dije. –Entonces me daréis veinte, me contestó. Le di veinticinco añadiendo:–No es por su valor pero ya me informaré del precio. Yo sabía que había sido confeccionado en el convento de las Hermanas de San José y sabía que el precio era de cincuenta francos.

»El cura estaba tan contento que me dijo: “¡Que monseñor me dé otra, y yo haré todavía otro negocio!”. Quería que yo me la llevase enseguida. “Si monseñor exige que me la ponga iré a vuestra casa a buscarla.” Sabiendo que monseñor estaba disgustado por este mercadeo, escribió una carta de excusas, don-

de le decía que la había vendido porque necesitaba el dinero.

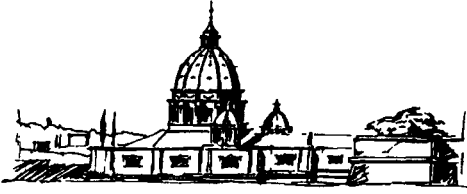
El día 11 de agosto de 1855, el ministro de Instrucción Pública y de los Cultos escribía al obispo de Belley una carta en la que decía: «Tengo el honor de anunciaros que, por decreto de este día, el Emperador ha querido nombrar al señor abate Vianney, caballero de la Legión de Honor».

Toda Francia estaba conmovida por la extraordinaria influencia ejercida por el Cura de Ars. El Cura de Ars se había hecho famoso en toda Europa, principalmente en la parte católica. Al conocerse la noticia todo el departamento de Ain se alegró mucho de tener un miembro tan importante. El obispo de Belley confió al conde de Garets, alcalde de Ars, que le comunicara la noticia al señor cura, que evidentemente le causaría gran sorpresa. El hermano Atanasio explica que lo primero que preguntó el cura fue si había alguna renta con el nombramiento. El alcalde le contestó que sólo los militares tenían una: «Decid al emperador, contestó el señor Vianney que puede guardar su cruz, ya que los pobres no van a ganar nada».

En una carta a su superior escribe el hermano Atanasio: «Ha tomado este honor como una nadería. El canciller de la Orden acaba de escribirle y, entre otras cosas, le reclama doce francos de gastos. El señor cura no puede enviar ni un ochavo, dice que le gustaría más dárselos a los pobres».

No queriendo pagar los derechos reclamados por la Cancillería, se pensaban que las cosas iban a quedar donde estaban, y que la condecoración no le sería enviada. No había pensado que el abate Troccanier, sin decir nada, había enviado el dinero de estos gastos a París. De esta forma se extrañó mucho cuando le llegó la condecoración gubernamental: «No les he enviado el dinero y ellos me han enviado la cruz», comentó. La cruz le fue enviada por medio del obispo de Belley y estaba encerrada en un estuche con las armas del Emperador. Las recibió el abate Troccanier que se las llevó el señor cura, el cual abrió el estuche sin fijarse en el sello y dijo: ¡Desgraciadamente no es más que esto! Y dirigiéndose al abate le dijo: «Cogedla amigo mío, tened tanto placer en recibirla como yo en entregárosla».

Tiempo después el abate Troccanier le recordó estas dos condecoraciones: «Todas las potencias de la tierra os condecoran. Dios no dejará de condecoraros en el cielo». Le contestó: «Esto es lo que me da miedo. Cuando venga la muerte y me presente con esas baratijas en las manos, Dios me dirá: ¡Márchate! ¡Ya has recibido tu recompensa!».



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Beatificado un periodista español

RECIENTEMENTE afirmaba Juan Manuel de Prada que «los medios de comunicación se están convirtiendo desgraciadamente en un lodazal de aguas estancadas donde ya sólo es posible chapotear en medio del tumulto, de tal modo que cualquier razonamiento se torna ininteligible, extemporáneo, incongruente con la confusión reinante; y es posible que hasta contribuya a hacer el caldo gordo a la confusión reinante, espesando aún más el barro del lodazal». Y advertía que al nadador contra corriente, léase al periodista cristiano, sólo le resta salirse del lodazal y buscar un río donde siquiera pueda bracear en busca de manantiales originarios. Quedarse en el lodazal es tanto como resignarse a reconocer que ya no existe la verdad, el bien o la belleza.

Difícil puede ser encontrar este río del que nos habla Juan Manuel de Prada, pero la Iglesia, como buena Madre, no deja de proponernos maravillosos ejemplos de cual debe ser la actitud del profesional que no quiere dejarse engullir por este turbulento nihilismo. Así lo remarco el pasado 12 de junio el arzobispo Angelo Amato, prefecto de la Congregación vaticana para las Causas de los Santos, durante la ceremonia de beatificación de Manuel Lozano Garrido, *Lolo*, ante más de dieciocho mil personas, veinte obispos y doscientos sacerdotes en el recinto ferial de Linares.

Nacido en esa localidad en 1920 el quinto de siete hermanos, tras quedarse huérfano de padre y madre a los seis y quince años, sufrió la pérdida de un hermano durante la persecución religiosa de los años treinta y él mismo fue encarcelado durante tres meses por distribuir clandestinamente la Eucaristía a amigos y familiares por encargo del sacerdote Rafael Álvarez Lara. *Lolo*, como un nuevo Tarsicio, se movía como un ángel invisible entre los sonidos de las sirenas y los estallidos de proyectiles. Alguien, sin embargo, lo denunció, junto a dos hermanas, porque era católico y tenía en casa la Eucaristía. Durante su prisión rezaba el rosario todos los días con otros detenidos. Pero si se libró del martirio de la persecución, no escapó de otro martirio. A los veintidós años *Lolo*, joven de la Acción Católica desde pequeño, comenzó a sufrir una enfermedad que en un año le provocaría una parálisis total, obligándole a vivir treinta y dos años en silla de ruedas,

quedándose ciego ya al final de su vida. Falleció el 3 de noviembre de 1971.

El Santo Padre ha propuesto a *Lolo* como ejemplo de apóstol infatigable que aceptó la parálisis y la ceguera con espíritu sereno y dichoso, que propagó las verdades evangélicas desde su oficio de escritor y periodista, sosteniendo la fe de su prójimo, con la oración, con el amor a la Eucaristía y su filial devoción a la Virgen. Su cuerpo se convirtió en un amasijo retorcido de huesos doloridos; pero nunca se quejó ni habló de sí mismo; sin embargo, cuando pierde el movimiento de la mano derecha, aprende a escribir con la izquierda, cuando también la izquierda se paraliza, dicta a un magnetófono y así se convierte en escritor y periodista incansable desde su silla de ruedas.

«Los periodistas –comentó al día siguiente en el Ángelus desde san Pedro– podrán encontrar en él un testimonio elocuente del bien que se puede hacer cuando la pluma refleja la grandeza del alma y se pone al servicio de la verdad y las causas nobles».

Benedicto XVI clausura el Año Sacerdotal

TRAS una multitudinaria vigilia de oración por los sacerdotes, el Santo Padre clausuró el pasado 11 de junio, solemnidad del Sagrado Corazón, el Año Sacerdotal en una emotiva celebración eucarística concelebrada por ochenta cardenales, trescientos cincuenta arzobispos y obispos y quince mil sacerdotes de los cinco continentes.

En la homilía, el Papa recordó la figura del santo Cura de Ars, guía para comprender de nuevo la grandeza y la belleza del ministerio sacerdotal. Este Año Sacerdotal –explicó Benedicto XVI– ha tenido como objetivo el caer en la cuenta de la «audacia de Dios», que se ha abandonado en las manos de seres humanos, aun conociendo nuestras debilidades. «Queríamos también, así, enseñar de nuevo a los jóvenes que esta vocación, esta comunión de servicio por Dios y con Dios, existe; más aún, que Dios está esperando nuestro “sí”. Junto con la Iglesia, hemos querido destacar de nuevo que tenemos que pedir a Dios esta vocación. (...) Era de esperar que al “enemigo” no le gustara que el sacerdocio brillara de nuevo; él hubiera preferido verlo desaparecer, para que al fin Dios fuera arrojado del mundo. Y así ha ocurrido que, precisamente en este año de alegría por el

sacramento del sacerdocio, han salido a la luz los pecados de los sacerdotes, sobre todo el abuso a los pequeños, en el cual el sacerdocio, que lleva a cabo la solicitud de Dios por el bien del hombre, se convierte en lo contrario.(...) Si el Año Sacerdotal hubiera sido una glorificación de nuestros logros humanos personales, habría sido destruido por estos hechos. Pero, para nosotros, se trataba precisamente de lo contrario, de sentirnos agradecidos por el don de Dios, un don que se lleva en “vasijas de barro”, y que una y otra vez, a través de toda la debilidad humana, hace visible su amor en el mundo.» Un amor manifestado en el Corazón de Jesús, «que al morir fue traspasado por la lanza del soldado romano. Sí, su corazón está abierto por nosotros y ante nosotros; y con esto nos ha abierto el corazón de Dios mismo.» Y en la intimidad de este Corazón, «perenne fundamento, así como criterio válido de todo ministerio sacerdotal», es donde debe anclarse el sacerdocio. Por ello debe considerarse al sacerdote –resaltó el Santo Padre el domingo siguiente– como un «don del Corazón de Cristo, un don para la Iglesia y para el mundo. Del corazón del Hijo de Dios, rebosante de caridad, brotan todos los bienes de la Iglesia, y en modo particular tiene su origen la vocación de aquellos hombres que, conquistados por el Señor Jesús, dejan todo para dedicarse enteramente al servicio del pueblo cristiano».

Al finalizar la eucaristía y con ella el Año Sacerdotal, Benedicto XVI pronunció las palabras del rito de conclusión en una oración a la Virgen María: «Ayúdanos con tu potente intercesión a no desmerecer esta vocación sublime, a no ceder a nuestros egoísmos, a las lisonjas del mundo y a las sugestiones del Maligno. Madre de la Iglesia, nosotros sacerdotes queremos ser pastores que no se apacientan a sí mismos sino que se entregan a Dios por los hermanos, encontrando en esto su felicidad. No sólo con palabras sino con la vida, queremos repetir humildemente, día a día nuestro aquí estoy».

España celebra su X Congreso Eucarístico Nacional

CON el fin de profundizar en el conocimiento de la Eucaristía, revitalizar la celebración y la adoración eucarísticas y vivir la Eucaristía como signo de caridad se ha celebrado recientemente (28-30 de mayo) en Toledo el X Congreso Eucarístico Nacional de España bajo el lema «Me acercaré al altar de Dios, la alegría de mi juventud». El congreso fue acompañado por un Encuentro Eucarístico Juvenil, con el lema «Tan cerca de mí, Jesús está aquí», para niños entre 7 y 12 años.

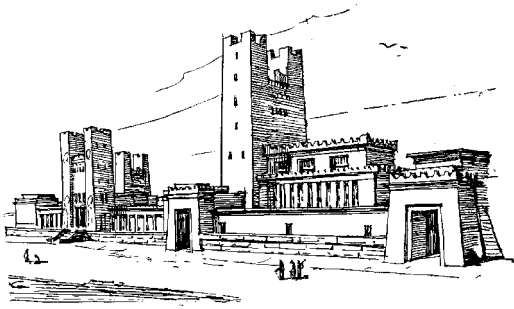
Los obispos españoles, reunidos en Asamblea

Plenaria de la Conferencia Episcopal, se hicieron eco de este acontecimiento como enmarcado en el Plan Pastoral 2006-2010, cuyo título es precisamente «Yo soy el pan de vida» (Jn 6, 35). Este congreso debe «ayudar a los católicos españoles a vivir la Eucaristía que nos dejó el Señor, con una mayor intensidad. De este modo, la contemplación, la evangelización que transmite la fe, la vivencia de la esperanza y el servicio de la caridad se fortalecerán en el pueblo cristiano.» Y debe servir para que el pueblo de Dios reconozca «una vez más el amor de Dios entregado a la humanidad. (...) El Corazón de Cristo, que late en la Eucaristía con un amor inefable, es el que nos da vida e ilumina el universo entero. El secreto más profundo de la creación está en ese misterio de amor. Siguiendo el ejemplo de María, mujer eucarística, y de los mejores discípulos de Jesús, que son los santos, nosotros queremos contemplarlo, una vez más, con el corazón renovado. En la Eucaristía está el verdadero júbilo. No queremos que este gozo quede sólo en nosotros. Anhelamos que todos los hombres y mujeres, en especial los más jóvenes, puedan experimentar en nuestros días una mayor efusión de la gracia de Dios.»

Más de tres mil niños celebran el Corpus en la ciudad de Ho Chi Minh (Vietnam)

LA religión católica llegó a Vietnam en el siglo XVI gracias a la labor evangelizadora de los misioneros españoles, portugueses y franceses. Pero no será hasta mediados del siglo XVII, con el papa Alejandro VII, cuando se erijan en Vietnam los primeros vicariatos apostólicos. Desde 1960 los católicos vietnamitas cuentan con jerarquía propia, dividida en veintiséis diócesis, y con un número cada vez mayor de fieles, que el año pasado superaban los seis millones. Sin embargo, la población católica del país no deja de ser una minoría, alrededor del 7%, muy marcada por las persecuciones ya desde el siglo XVII y recientemente por la dictadura comunista.

Pero en esta ocasión no nos llegan noticias de nuevas persecuciones sino de los frutos de una comunidad vivificada por el Espíritu Santo y augurios de un futuro esperanzador. La archidiócesis de Saigón celebró solemnemente el pasado 6 de junio la festividad del Corpus Christi con una gran procesión con el Santísimo en la que participaron más de tres mil niños. El acto, organizado por la Children Association of the Holy Body, fue presidido por el obispo auxiliar, M. Peter Nguyen Van Kham, que recordó a los niños la importancia de la devoción al Cuerpo y la Sangre de Cristo y la advertencia de Jesús a sus discípulos de que dejaran que los niños se acercaran a Él.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Los africanos conocen la ley natural

EL Pew Research Center es uno de los más activos y prestigiosos centros de investigaciones sociológicas no sólo en Estados Unidos sino en el mundo entero. De entre su abundante producción, uno de sus últimos trabajos ha sido una enorme encuesta sobre valores y actitudes ante la vida realizada en África, a partir de veinticinco mil entrevistas realizadas en 19 países africanos. Los resultados, que han causado sorpresa entre los más acérrimos defensores del multiculturalismo, muestran que los africanos no son tan exóticos ni tienen ideas tan peregrinas como muchas veces quieren hacernos creer.

Por ejemplo, cuando quieren presentarnos el matrimonio monógamo como una imposición occidental contra unas costumbres polígamas que serían aceptadas con naturalidad por la población africana, como lo atestiguaría el hecho de que el presidente electo de la República Sudafricana, Jakob Zuma, sea un polígamo público y declarado. Y sin embargo, en la «polígama» Sudáfrica, resulta que el 75% la considera «moralmente mala», una cifra que es por supuesto superior en otros países en los que la poligamia está menos extendida.

Otra conclusión: la aplastante mayoría de los africanos desaprueban los comportamientos homosexuales. En tres países (Zambia, Camerún y Kenia) ese porcentaje alcanza un 98 %. Si atendemos a la percepción del divorcio, encontramos una interesante división basada en las creencias religiosas, que se puede observar claramente en Nigeria, un país dividido en dos comunidades, grandes y claramente diferenciadas, vertebradas en torno a su fe cristiana o musulmana. Un 80 % de los cristianos nigerianos consideran el divorcio inmoral, mientras que entre los musulmanes la actitud ante el divorcio está mucho más dividida: el 46 % lo acepta mientras que el 41 % lo rechaza.

En definitiva, parece que hemos descubierto que los africanos son hombres como nosotros y que la ley natural se resiste a desaparecer, por mucho que les pese a los más reputados antropólogos. No puedo dejar de recordar las palabras de un obispo nigeriano que me confesó que en la misa con canto

gregoriano en su catedral no cabía ni un alfiler: «en Europa siempre piensan que lo que nos gusta es bailar en las iglesias, pero a mí, desde pequeño, me ha gustado el gregoriano, lo mismo que a muchos otros africanos. En el fondo, el pensar que no somos capaces de admirar y disfrutar de aquello que vosotros admiráis y disfrutáis no es más que otra forma de racismo, aparentemente más tolerante con nuestra diversidad, pero que nos rebaja y nos condena al exotismo».

Bélgica: eutanasia sin consentimiento «por compasión»

BÉLGICA fue, en el año 2002, el primer país europeo en seguir los pasos de Holanda al legalizar la eutanasia. Cuando quizás no falte mucho tiempo para que en nuestro país se desate una campaña para abrir las puertas de par en par a una eutanasia que ya se ha colado en la praxis de muchos hospitales españoles, no está de más volver la vista a esas experiencias pioneras en la aplicación de la eutanasia. Precisamente acaba de ser publicado un estudio en el *Canadian Medical Association Journal* sobre la aplicación de la eutanasia en Bélgica que aporta un dato tremendo: el número de muertes por eutanasia se reparte casi por igual entre aquellos casos voluntarios y los no voluntarios, esto es, aquellos en los que el enfermo en ningún momento había expresado su deseo de que se acabara con su vida en determinadas condiciones (por otra parte, el concepto de voluntariedad es muy problemático si atendemos a las circunstancias que suelen rodear estos casos, pero no entraremos aquí en esta discusión).

La eutanasia se fundamenta en dos presupuestos: la aceptación de que matar a un ser humano es una respuesta aceptable a su sufrimiento y el individualismo radical que sostiene que somos dueños absolutos de nuestros cuerpos y que, en consecuencia, tenemos el derecho absoluto de hacer con ellos lo que queramos, incluyendo el provocarnos la muerte. Lo que muestra el análisis de la praxis en Bélgica es que el segundo presupuesto queda relegado a un segundo plano una vez se acepta que matar es un

método aceptable de acabar con el sufrimiento humano. Cuando esto es asumido, la pretendida capacidad de decidir sobre nuestro propio cuerpo deja paso a la decisión del personal sanitario que es quien, sin consultar a nadie, cada vez con mayor frecuencia no duda en matar al paciente para evitarle el sufrimiento al que se ve abocado.

Esta realidad, ya conocida en Holanda, se está repitiendo ahora en Bélgica, donde el 48% de las eutanasias se aplican a pacientes que nunca pidieron que se les matara. Este dato pone de manifiesto también que las garantías legales supuestamente introducidas por el legislador son papel mojado una vez la dinámica eutanásica pasa a aplicarse. En el momento en que matar al paciente pasa a formar parte del inventario de procedimientos médicos disponibles, se produce un proceso de banalización que lleva indefectiblemente al asesinato de numerosos pacientes incapaces de expresarse. La pretendida libertad de elección que supone la eutanasia, en la práctica, no pasa de ser una falacia más con la que nuestras sociedades occidentales prosiguen su camino hacia el suicidio colectivo.

El ataque a la flotilla islamista, Turquía y el creciente odio a Israel

LA intercepción por parte del ejército israelí de un barco fletado en Turquía por simpatizantes de los terroristas de Hamas con el objetivo de romper el bloqueo de Gaza, con el trágico desenlace de nueve miembros de la tripulación muertos, ha sacudido a la opinión pública mundial. En efecto, su repercusión ha sido muy superior a la importancia que el hecho, considerado de manera aislada, pudiera a priori tener. Sin entrar en el acierto de la acción en sí o en la legitimidad o eficacia del bloqueo, lo que hemos contemplado ha sido una explosión generalizada de antisemitismo visceral. De pronto, todas las precauciones han saltado por los aires y hemos podido contemplar un mundo que no soporta más a Israel y a todo lo que Israel representa. Con motivo o sin, de modo intuitivo y visceral, políticos, medios de comunicación, líderes de opinión han sido unánimes en su rechazo hacia Israel, con toda una gama que va desde la crítica selectiva (cuando es un país musulmán quien comete un acto similar, todos miran hacia otro lado) a las llamadas al exterminio de esos judíos que sólo hacen que crear problemas.

Cuando todavía resuenan los ecos del LX aniversario de la fundación del estado de Israel, constatamos el fracaso de dos de los mayores impulsos

que estuvieron en su génesis: ni Israel se ha convertido en un estado normal, sino que continúa generando unos odios que desde una perspectiva secular cerrada a una lectura sobrenatural de la historia son incomprensibles, ni es la garantía de una vida segura para los judíos, muchos de los cuales fijan su residencia en otros países occidentales, mucho más seguros para ellos, manteniendo sólo una segunda residencia, no siempre ocupada, en el país que se forjó con el sacrificio de sus padres y abuelos. Esta percepción de encontrarse solos ante el mundo, y un mundo que los odia profundamente, se ha hecho cada vez más intensa entre los israelíes. El alejamiento que el presidente norteamericano ha escenificado respecto de Israel ha sido la puntilla para una sociedad cada vez más acorralada por el auge de los movimientos islámicos y que contempla la posibilidad de un ataque nuclear iraní como algo cuya fecha se desconoce pero acerca de cuya certeza no hay duda.

El otro gran actor en este suceso ha sido Turquía. Una Turquía que representaba el intento más decidido de un estado laico en territorio musulmán desde que Mustafá Kemal Atatürk decidiera modernizar los restos del otrora pujante Imperio otomano. La hegemonía islámica en el poder en Turquía desde 2002 ha desbaratado ese experimento, que ya muy pocos creen que pueda ser viable. El antiguo aliado occidental durante la Guerra Fría y aliado de Israel en las últimas décadas del siglo xx, está apostando decididamente por recuperar el liderazgo islamista que tuviera en tiempos del Califato otomano. No es casualidad que el pasado 29 de mayo se celebrara a lo grande la caída de Constantinopla a manos del sultán Mehmet II el Conquistador en 1453, ni que el año pasado se haya inaugurado en Estambul el museo «Panorama 1453», dedicado a la gesta islámica, mientras joyas históricas del periodo cristiano, como las murallas de Constantino, se estén deteriorando ante la indiferencia de la Administración. La congelación del diálogo de reconciliación con Armenia y el renacer de la violencia contra los kurdos son otras tantas muestras del nuevo tenor islámico del gobierno de Ankara.

Con su apuesta islamizadora, Turquía abandona el bloque occidental, renuncia de facto a su integración en la Unión Europea (por fin una buena noticia), convierte a Israel de aliado en enemigo y se posiciona junto a Irán y Hamas, aspirando a articular en torno suyo el pujante, al menos en términos demográficos, mundo musulmán oriental. Por ahora Irán y Turquía actúan concertadamente, pero ya se adivina la lucha entre turcos y persas (ninguno de ellos árabes) por la hegemonía dentro del islam.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Criptas, tumbas y ataques a la Iglesia. Cuando los magistrados copian a Dan Brown

Leemos un artículo de Vittorio Messori en el Corriere della Sera sobre las recientes investigaciones de los jueces belgas que, faltando al más mínimo sentido de lo que son las garantías judiciales, se han convertido en persecución al estilo de los tribunales populares soviéticos o de los tribunales del III Reich. Una avanzadilla de lo que nos va a deparar el futuro.

Desde Bélgica, para la Iglesia católica, llegan buenas noticias. ¿Buenas? Tal vez, al menos desde la perspectiva de la *realpolitik*. En efecto, incluso quienes pueden tener razón pasan, si exageran, a perderla. Y además, hay que recordar el dicho según el cual mata más el ridículo que la espada. Empecemos por las exageraciones –no se sabe si grotescas o innobles– de la justicia belga, que envía una brigada de policías para secuestrar a la Conferencia episcopal del país. Estrictos oficiales confiscando los teléfonos de los prelados e impidiendo toda comunicación con el exterior. ¿Para evitar qué? ¿Que los obispos telefonen al Vaticano, pidiendo un *blitz* liberatorio o un ataque de los paracaidistas de la Guardia Suiza? ¿O que adviertan a algún monseñor inmerso en prácticas de mala reputación para que se libere inmediatamente de su compañero menor de edad ante la inminente llegada de los severos guardianes de la moral laica? ¿O que telefonen a sus cómplices en cada diócesis para que hagan desaparecer cualquier rastro de incorrecta conducta sexual?

De vodevil también el comandante de la operación que, ante el pasaporte diplomático del nuncio apostólico, presente en el grupo episcopal, consulta con sus superiores, y estos con el ministro (virtual, entre otras cosas, pues desde hace

tiempo en Bélgica no hay gobierno). Finalmente, aunque con pesar, al nuncio se le permite salir, al parecer incluso con su teléfono móvil. Astuta, y ciertamente fructífera, la intervención de los técnicos informáticos para la retirada de los discos duros de los ordenadores del ex cardenal primado: muy probable, en efecto, que el anciano purpurado haya guardado ahí mensajes y fotos comprometedoras, tal vez intercambios afectuosos con los jóvenes captados en Facebook.

Pero el ridículo más devastador para los magistrados del asalto belga ha llegado con las tumbas de dos cardenales en la cripta de la milenaria y espléndida catedral de Malinas, Mechelen en flamenco, que por antiguo privilegio, sigue siendo la capital religiosa del país. No excluimos que, además de Dan Brown, Umberto Eco pueda inspirarse en el episodio para añadir un capítulo a una nueva edición de *El péndulo de Foucault*. Que, como se sabe, es una burla de personajes como estos jueces, obsesionados con enigmas, misterios, códigos secretos: siempre y solamente católicos, por supuesto. Los investigadores, evidentemente convencidos de estas conspiraciones, resultan engañados por la jugada de un bromista: «Id a la antigua catedral, descendid a la cripta oscura, abrid las tumbas venerables de los cardenales: aquí encontraréis los pergaminos que demuestran el complot de los sacerdotes, adeptos de cultos pederásticos como ya lo fueron sus predecesores, los templarios».

Todo el mundo sabe, en efecto, que la forma más rápida y segura para ocultar expedientes incriminatorios es convocar a un equipo de albañiles, hacerles trabajar durante horas en los artísticos sarcófagos para quitar la pesada piedra que los cubre sin provocar muchos daños, levantarla con máquinas especiales y antes de cerrarlo de nuevo y sellarlo, llenarlo con los documentos que acreditan los rituales obscenos de los prelados.

Todo por la noche, por supuesto, visto que la catedral de Malinas es una de las más visitadas no sólo por los devotos, sino también por los turistas que podrían sospechar algo debido a las idas y venidas de los albañiles. Pero, ¿qué hacer después con esos albañiles? Se sabe que los egipcios, acabado y cerrado el acceso al laberinto que conducía a la cámara funeraria de la pirámide procedían al asesinato ritual de todos los que, habiendo trabajado allí, conocían el secreto. Pero es algo que recordamos entre susurros, no vaya a ser tomado en serio por los belgas, que podrían investigar una posible matanza de albañiles ordenada por el Primado.

En cualquier caso, más allá de los ridículos, el de los abusos sexuales es un asunto demasiado importante como para ser dejado en manos de estos investigadores. El Secretario de Estado ha cumplido con su deber de protestar, pero no ha acertado al parangonar estos sucesos con los bolcheviques rusos y los anarquistas españoles, que eran terriblemente serios en su ferocidad. Se podría, por el contrario, recordar cosas evidentes pero olvidadas por una Bélgica que se jacta de ser uno de los países más secularizados, donde la exclusión de los católicos está creciendo día a día. El Estado surgió en 1830, por la libre unión de valones y flamencos: hablaban lenguas diferentes, había historias y tradiciones diferentes, pero estaban unidos por un catolicismo fuerte y ardiente. Por lo tanto, no soportaban el sometimiento al perseguidor calvinismo neerlandés. La unión duró mientras que el país se reconoció como católico: ahora ese único pegamento se ha disuelto y Bélgica se ha convertido en una ficción ingobernable. Tal vez este tipo de operaciones confirmen la confusión de un Estado que durante años no ha conseguido tener siquiera un gobierno estable, pero que, al menos entre la intelectualidad, parece unido sólo por su aversión anti-romana.

La devoción al Corazón de Jesús y la perfección de la persona

Jaume Bofill i Bofill, en diálogo con un sacerdote amigo y a partir del concepto de persona en la filosofía de santo Tomás, nos lleva a la necesidad de la oración porque la tendencia a lo infinito es ley fundamental de la persona. La necesidad de la oración se presenta como una exigencia de la metafísica. Por este camino llega Bofill a lo más profundo del hombre, a la necesidad de la unión con Dios. La oración supone la conciencia de la propia indigencia, de la dependencia absoluta respecto a Dios.

«La oración al Corazón de Cristo, “concebida

como suprema entrega” —es decir, como devotio—, es la aceptación del don que Cristo hace de sí mismo; es aquel “revestirse de Cristo” en que consiste nuestra vocación de cristianos. La devoción al Corazón de Cristo refrenda, por lo mismo, nuestra vocación a la infinitud. El sacrificio que nos impone no es la mutilación, sino el heroísmo. La devoción al Corazón de Cristo es nuestro testimonio al Espíritu, y es el testimonio del Espíritu su presencia en el mundo», concluye Bofill.

Este artículo fue publicado en el número 149, de 1 de junio de 1950.

Había terminado una primera redacción de esta nota cuando me llega una de tus cartas breves y efusivas en que me dices una vez más tu entusiasmo por santo Tomás. Te consta también el mío —no me harías tu confianza en otro caso—, y ello tanto más cuanto que de este común entusiasmo se ha nutrido nuestra amistad.

Lo que ocurre, me dices, es que a santo Tomás no se le conoce. Y estamos de acuerdo otra vez en que este desconocimiento ha encontrado una de sus expresiones más pertinaces en la interpretación «intelectualista» según la cual el Angélico, forzado por no sé qué tajante alternativa, preteriría en su doctrina los valores del corazón para conceder la primacía a una inteligencia fríamente especulativa.

¡Si por lo menos la inteligencia misma hubiese sacado ventaja de ello! Pero no ha sido así, por desgracia. Privada, en efecto, de un peso que hiciese gravitar su actividad hacia un último fin totalmente humano, empezó a trabajar de vacío y a entregarse a juegos brillantes y estériles, mortal caricatura de la profundidad.

No hago en este momento una crítica, sino una confesión. Aun combatiendo en teoría el intelectualismo, me encuentro, en la práctica, en la dolorosa situación de no saber superarlo; y por ello me hago más cargo de cuán difícil es primero *definir*, pero además *participar* del espíritu de santo Tomás.

Es, sin embargo, preciso luchar contra esta «deformación profesional». ¿Y no se impondrá para

ello —de modo parecido a cuando de la salud corporal se trata— encontrar un clima adecuado?

No me parece serlo el trabajo solitario. Difícilmente se libra éste de la tendencia a excederse en el análisis; lo cual lleva consigo la amenaza de este mismo peligro que pretendemos evitar. Ni es mejor ambiente la disputa —a cuyo atractivo he cedido a veces—, porque si ella tiene ya calor, no es éste vital, sino febril. En cambio, el diálogo, orientado hacia un ideal común, me parece libre de todos estos inconvenientes; por esto me decido a hacer público el nuestro, en ocasión en que se me confía un tema que se encuentra, justamente, en el término de nuestra común preocupación. Si no sé desarrollarlo del modo directo, simple, que ignora la fórmula o la supera, como debería ser tratado, ya he confesado antes mi incapacidad; que este reconocimiento y esta incapacidad misma me atraigan, de ti y de nuestros lectores, vuestra benevolencia y compasión.

I. Persona y oración

La filosofía deberá reconocer como una necesidad radical de la persona la oración. ¿Sabrá aprovecharse para ello del sentimiento de impotencia que en este momento la invade? La oración tiene su principio, en efecto, en la impotencia sentida. No ora quien se siente poderoso, quien ha puesto la confianza en sí mismo. Pero ¿este poner la confianza en sí no es una opción legítima! Es, en efecto, la co-

rrupción de la ley fundamental de la persona: la *tendencia a la infinitación*.

Atendamos, primero, a esta Ley. Veamos luego cómo la confianza en sí es su corrupción. Finalmente, cómo la oración es la restauración de esta ley.

1. La tendencia a lo infinito, ley fundamental de la persona.

El primer elemento de la clásica definición de la persona que nos legó Boecio: «*Rationalis naturae individua substantia*», entraña ya virtualmente la tendencia de la Persona a la «infinitación».

Todos los demás seres tienen una naturaleza *particular y parcial*, dicen razón de *parte*. La persona, en cambio, emerge entre ellos dotada de los caracteres de un *todo*; puede proyectar sus experiencias en un plano de *universalidad*, puede ser *objetiva*. Santo Tomás explica:

«Cualquier substancia intelectual *lo es todo* hasta cierto punto en cuanto que es comprensiva de todo el ser por su inteligencia; mientras que cualquier otra sólo posee una participación particular del ser...» (III C. G., c. 112).

No es de extrañar que, al remontar la «Escala de los seres», el encuentro con la persona aparezca como una liberación:

«Hay que saber —escribe santo Tomás— que *un sujeto puede ser perfecto de dos maneras*. En primer lugar, por la perfección que le compete según su ser específico; pero, toda vez que el ser específico de un sujeto es distinto del de otro, resulta que en cualquier criatura tanto le falta a ésta su perfección para ser la perfección pura cuanto se encuentra en mayor grado en otras especies; de suerte que *la perfección de cualquier sujeto, considerado en sí mismo, es imperfecta*, como parte que es de la perfección de todo el universo, la cual surge de las perfecciones de todos y cada uno de los seres, unidos entre sí.» (II *De Ver.*, art. 2, c.)

Quisiera hacer un alto aquí para ahondar en el contenido, verdaderamente dramático, de este pasaje.

Por el hecho mismo de pertenecer a una especie (¿y cómo podría evitarse esto?), toda criatura es radicalmente antinómica: *su perfección es imperfecta*. Se atrae, entonces, por una parte, la atención de nuestra inteligencia; no le ofrece, en cambio, por otra, base suficiente para que pueda descansar definitivamente en ella. Lejos de constituir la criatura una unidad inteligible cerrada, capaz de ser reflejada intelectualmente en conceptos estáticos, su complejión ilógica —«*perfectio imperfecta*»— impone a la inteligencia un proceso dialéctico hasta integrarla en una síntesis superior. La criatura, por ser parte, no encuentra su inteligibilidad más que en el «Todo» a que pertenece y al que está ordenada; y este orden, en definitiva, no es otro que el orden mismo universal.

Toda criatura se encuentra como aprisionada por este orden; ¿se verá también la persona reducida a esta esclavitud?

Sigue escribiendo santo Tomás:

«Para que hubiese un remedio a esta imperfección se da entre las criaturas un *segundo modo de perfección*, según el cual la perfección propia de un ser se encuentra *al mismo tiempo* en otro. Y ésta es *la perfección del ser cognoscente en cuanto tal*, ya que algo es conocido en cuanto está, de alguna manera, en quien le conoce. Y así, se dice que «el alma, de alguna manera, lo es todo», porque está hecha para conocerlo todo.

»Ahora bien; según este nuevo modo de perfección, resulta posible *que se dé en un sujeto la perfección de todo el universo*. Esto era, cabalmente, la última perfección a que el alma podía aspirar según los antiguos filósofos, a saber: que se describiese en ella todo el orden del universo y sus causas. En lo cual pusieron el último fin del hombre, que, según nosotros, está en la visión de Dios» (Ibid.).

Todo el orden del universo y sus causas; más todavía, Dios mismo, puede venir a constituir la riqueza del alma por la vía del conocimiento.

Este poder de referir a un orden absoluto todos nuestros conocimientos particulares permite al hombre ser «objetivo» en sus juicios; es decir, conceder a cada cosa el valor que realmente tiene. De aquí que pueda ser también objetivo en su actitud, es decir, tomar como propia la causa del bien por encima de sus intereses particulares. El *bien universal, es decir, lo infinito, será, si es fiel a su naturaleza, su ámbito espiritual*.

2. La confianza en sí, corrupción de esta ley

La confianza en sí entorpece la tendencia a lo infinito, que es la ley fundamental de la persona, o la desvía, según tenga un origen carnal o un origen espiritual. La carne se opone a la razón, no sólo levantando contra ella sus pasiones, sino, anteriormente, limitando su alcance. Todos los vicios carnales zapan de un modo u otro nuestra vida de ser racional: «*habitus mentis*», «*inepta laetitia*», «*scurrilitas*», «*multiloquium*», «*caecitas mentis*», «*inconsideratio*», «*affectus praesentis saeculi et horror futuri*», etc., que son los efectos principales de tales vicios, ¿qué significan sino una debilitación de las exigencias de nuestra razón, un enturbiamiento de su mirada, a renuncia a plantear *en lo trascendente* nuestro destino?

El hombre carnal ha renunciado a lo Infinito para encerrarse en la seguridad del «*hic et nunc*». El hombre carnal llevará una vida alegre y confiada, inconsciente del precio de su vida. Por esto puede tener confianza en sí mismo.

La victoria del espíritu no nos libra, por su parte,

en toda circunstancia, de este riesgo de auto-reclusión. No sólo, en efecto, por carnalidad, sino también por orgullo, puede el hombre encerrarse en sí mismo, pretender afirmarse como suficiente. No negará ahora lo Infinito, pero lo equiparará a Sí. Su «yo» particular se dilatará hasta llenar todo su horizonte. Su destino a la unión con Dios, a una «divinización» por entrega, se tuerce en una divinización por *suplantación*. Es la confianza en sí del «*non serviam*» primitivo, el pecado, si te entendí bien, del idealismo alemán. El infinito real es substituido por un infinito imaginario, al que el hombre no ha de «tender» ya, porque ya «posee». Antes se instalaba en el límite; ahora lo suprime. *En ninguno de los dos casos, el límite real de su condición de criatura ha sido verdaderamente superado*. Ello podía obtenerse, en definitiva, por el trato con Dios; mas ahora sigue permaneciendo voluntariamente en su soledad.

3. La restauración de la Ley

Si se da conciencia de su condición, puede optar por una doble salida: falsa la primera –*la desesperación*–, verdadera la segunda: *el sacrificio*. El sacrificio restaura en la persona la ley que la ordena a lo infinito. Contra el orgullo, acepta nuestra condición de criatura lo que hay en nosotros de impotencia, de incompreensión, de déficit en amor. Contra la carnalidad, nos arranca de nuestro apego al límite: subordina, efectivamente, al bien absoluto nuestro egoísmo mezquino.

La fuerza para el sacrificio está en la oración. Por ella encuentra el hombre la fuerza para salir de sí y entrar en el camino de su «infinitación» objetiva; la *única oportunidad* de estar a la altura de su vocación de ser racional. Sólo por ella puede superar la desproporción dramática que existe entre su condición de ser finito y el fin que le ha sido asignado y al que ha de ordenar su vida.

La adopción de este punto de vista debe de ser difícil para los filósofos: no sería, de otra suerte, tan infrecuente entre ellos. ¡Con qué claridad y sencillez lo expresa Peter Wust –aquel hombre que se atraía las ironías de Nicolai Hartmann, el racionalista, por su delicadeza de conciencia– en su testamento espiritual! CRISTIANDAD lo reprodujo hace un tiempo de un «Christmas» de la revista *Arbor*:

«Y si ustedes me preguntan ahora, antes de que me vaya y me vaya definitivamente, si no conozco una llave mágica que pueda abrirle a uno la puerta para llegar a la sabiduría de la vida, yo les diría: ciertamente. Y esta llave mágica no es, por cierto, la reflexión –como tal vez podrían esperar ustedes que les contestara un filósofo–, sino la oración. La oración, concebida como suprema entrega, nos hace sosegados, nos hace como niños, nos hace objetivos. Para mí, el hombre penetra cada vez más en el ám-

bito de lo humano en la medida en que es capaz de orar –y aquí me refiero sólo a la oración genuina–. La oración es el rasgo característico de la suprema humildad de espíritu. Las grandes cosas de la existencia sólo se otorgan a los espíritus que oran. Y donde mejor se aprende a orar es en el sufrimiento...»

Peter Wust –digámoslo de paso– supera en este pasaje la oposición que han querido ver algunos entre el «Dios de los filósofos» y el «Dios de los cristianos». La necesidad de la oración se le presenta en efecto, *como una exigencia de su metafísica misma*. Se dio claramente cuenta de que el absoluto que esta ciencia busca no puede ser sino una persona; y que la actitud a tomar frente a una persona, no es, en última instancia, sino la entrega.

Sólo esta suprema entrega hace al hombre *objetivo*. Por este camino llegamos a lo más profundo del hombre, a su necesidad de unión con Dios. Esta unión ha de perfeccionarse por un diálogo. Mas entonces ya se ve que no puede el hombre recabar la iniciativa en la empresa de su salud, sino Dios. El hombre ha de *aceptar* el ofrecimiento de amistad que Dios le ha hecho, y dejarle obrar en sí, si quiere alcanzar la perfección. Esta no es una conquista; es una renuncia.

II. La oración al Corazón

El diálogo con Dios en que nuestra perfección culmina no puede ser un «*decir*» puramente intelectual, en el que se afirme lo que es un objeto, sino un *decir* «personal» en el que el sujeto se manifieste a sí mismo. La tendencia del diálogo es a la *revelación* propia.

La oración está en la línea del diálogo, y lo que el sujeto da a conocer en ella es su propia indigencia. La oración supone la conciencia de la propia indigencia. Esta conciencia lleva consigo, de sí, la absoluta sinceridad. Quien ha llegado a ser consciente de su indigencia absoluta, de su dependencia absoluta con respecto a Dios, no puede fingir. Un mundo ficticio ha perdido para él todo interés: su propio asunto es demasiado grave. Se muestra simplemente, espontáneamente, en una naturalidad irremediable. Pero *sin darse cuenta ha alcanzado con ello la profundidad*: su propio ser, no algún pensamiento o sentimiento más o menos epifenoménicos, ha hecho irrupción en su conciencia.

Por esto, porque la oración es una *actitud última*, no puede dirigirse a la *sola inteligencia* de quien la recibe. Un «le entiendo a usted perfectamente: usted es indigente» no es la respuesta adecuada. La oración pide una comprensión, un «me hago cargo», que sean más que intelectuales; que sean eficientes

en la compasión y en la ayuda. Busca interesar, no la curiosidad del otro, sino su corazón; afectarle –es lo mismo– *como persona*.

La dialéctica en que la oración intenta moverse es la dialéctica de la bondad. Requiere, por lo mismo, del otro, su atención. La oración, como todo diálogo, supone que el otro preste una atención especial a quien le implora, se dirige a una persona *atenta*. La oración a Dios se dirige a un Dios atento, y ello para exponerle, ante todo, nuestra indigencia fundamental: la indigencia de infinito; en la oración, la persona expone –con sólo «ser» en la presencia de Dios– su indigencia ontológica –«*omnia appetunt Deum*» (tª, q. 44, art. 4)– de infinito; la absoluta necesidad que tiene de Él. La persona se presenta ante Dios, en la oración, como «*capax Dei*» y pidiendo que esta capacidad sea colmada. Su humildad y veracidad son una suprema audacia. Por esto la oración nos dignifica.

La persona no pide, primordialmente, en la oración, que Dios le deparé sus «dones», sino que se le dé Él mismo. Es la única respuesta legítima a los avances de un Dios que se ofrece. No puede presentar nada a cambio de este Infinito que pide; pero toda su fuerza está precisamente en ello. La oración tiene su único refugio en la dialéctica de la bondad, en un Corazón cuyo Amor es infinito y que sabe que no podrá resistir al ímpetu expansivo de su misericordia. La oración se dirige a un Dios conocido como «*maxime liberalis*», como la *liberalidad misma*:

«Obrar por indigencia es propio de un agente imperfecto, que en parte es activo y en parte pasivo

en su obrar. Pero tal modo de ser no compete a Dios. Y por esto sólo Él es la liberalidad misma, ya que no obra para su utilidad, sino por su Bondad.» (Iª, 44, art. 4.)

La oración al Corazón de Cristo

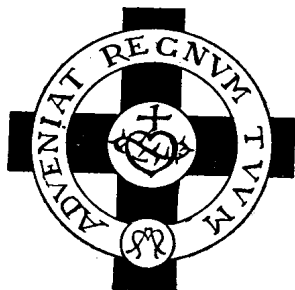
Una superación del intelectualismo, si es sobrenatural y cristiana, ha de conducirnos, lógicamente, hasta aquí. Porque *la oración al Corazón de Cristo cumple, para un cristiano, sus últimas exigencias personales*.

Es preciso que la filosofía dé este último paso, a saber: ponerse en continuidad, no sólo con una «teología dogmática», sino con una «*pietas*», que es condición del estado perfecto que deseamos para ella. Echo de menos, entre todo lo mucho bueno y óptimo que he admirado en tus escritos, este último paso decisivo.

La oración al Corazón de Cristo, «concebida como suprema entrega» –es decir, como «*devotio*»–, es la aceptación del don que Cristo hace de sí mismo; es aquel «revestirse de Cristo» en que consiste nuestra vocación de cristianos. La devoción al Corazón de Cristo refrenda, por lo mismo, nuestra vocación a la Infinitud. El sacrificio que nos impone no es la mutilación, sino el heroísmo. La devoción al Corazón de Cristo es nuestro testimonio al Espíritu, y es el testimonio del Espíritu su presencia en el mundo.

Por ella esperamos ser salvos.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Junio

General: Para que todas las instituciones nacionales y transnacionales se comprometan a garantizar el respeto de la vida humana, desde la concepción hasta su fin natural.

Misionera: Para que las Iglesias en Asia, que constituyen «una pequeña grey» entre poblaciones no cristianas, sepan comunicar el Evangelio y testimoniar con gozo su adhesión a Cristo.

Julio

General: Para que en todas las naciones del mundo las elecciones de los gobernantes se realicen según la justicia, transparencia y honestidad, respetando las decisiones libres de los ciudadanos.

Misionera: Para que los cristianos se comprometan a ofrecer en todas partes, especialmente en los grandes centros urbanos, una contribución válida a la promoción de la cultura, de la justicia, de la solidaridad y de la paz.

Agosto

General: Para que los sin trabajo, sin techo y cuantos viven en grave situación de necesidad encuentren comprensión y acogida y sean ayudados de forma concreta a superar sus dificultades.

Misionera: Para que la Iglesia sea el «hogar» de todos, pronta a abrir sus puertas a cuantos son obligados a emigrar a otros países por las discriminaciones raciales y religiosas, el hambre y las guerras.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



Las estrellas se ven de noche

Autor: Manuel Lozano Garrido, «Lolo»
Editorial: Mensajero
292 páginas
Precio: 14,00 €

Obra póstuma y tercer libro diario de Manuel Lozano Garrido, (a) «Lolo», escritor y periodista (1920-1971). Enfermo con parálisis progresiva, vivió 32 años en una silla de ruedas. Lolo fue un seglar, un cristiano que se tomó en serio el Evangelio, que «se dedicaba a ser cristiano». En 2009 la Congregación para las

Causas de los Santos ha aprobado como milagrosa la curación de un niño por su intercesión.

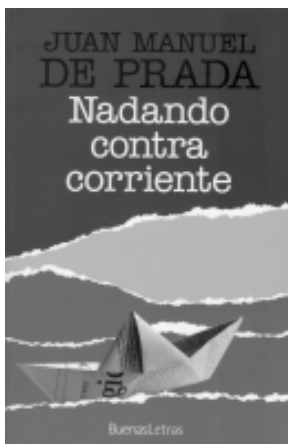


Carta a los buscadores de Dios

Autor: Conferencia Episcopal Italiana
Editorial: Palabra
128 páginas
Precio: 9,80 €

También los creyentes quieren encontrar mejor al Dios de Jesucristo, pero ¿dónde se le encuentra? ¿cómo se le descubre? Esta hermosa carta reflexiona, en un tono amigable, con el lector acerca de la ruta para encontrarse con Él. Texto elaborado por la Conferencia Episcopal Italiana para dialogar con quienes, sin tener

fe en Dios, buscan sentido a la vida y se desconciertan ante los contrastes que encuentran en su existencia: nostalgia de la felicidad y experiencia del sufrimiento.



Nadando contra corriente

Autor: Juan Manuel de Prada
Editorial: Buenas Letras
325 páginas
Precio: 17,50 €

Reflexiones de gran valor literario y riqueza de contenido que juzgan la actualidad partiendo de principios perdurables, como hitos de un difícil tránsito desde el nivel del mar hasta la montaña. Allí, a cielo abierto, descubrimos en la tradición cristiana la visión congruente que permite prescindir de las ideologías e interpretar las consecuencias a la luz de las causas. Así podremos

llegar hasta el manantial de aguas puras y frescas donde descifrar las claves profundas de lo que está sucediendo en España.



Signos de vida

Autor: Scott Hahn
Editorial: Rialp
320 páginas
Precio: 17,00 €

El autor selecciona cuarenta devociones populares católicas y muestra cómo están sólidamente fundadas en la Escritura, y han sido practicadas durante siglos por los ejemplos más luminosos de la tradición intelectual católica. Así pues, este libro es un canto a toda esa tradición católica y a la doctrina bíblica que la sustenta. Pero, además, pretende ser un manual, una guía de

uso, un ánimo para que avancemos un poco, sea cual sea el nivel de nuestra vida espiritual.

CONTRAPORTADA

La gracia perfecciona la naturaleza humana

A la luz de (...) santo Tomás, la teología afirma que, aun siendo limitado, el lenguaje religioso está dotado de sentido –porque tocamos el ser–, como una flecha que se dirige hacia la realidad que significa. Este acuerdo fundamental entre razón humana y fe cristiana es visto en otro principio fundamental del pensamiento del Aquinate: la gracia divina no anula, sino que supone y perfecciona la naturaleza humana. Esta última, de hecho, incluso después del pecado, no está completamente corrompida, sino herida y debilitada. La gracia, dada por Dios y comunicada a través del misterio del Verbo encarnado, es un don absolutamente gratuito con el que la naturaleza es curada, potenciada y ayudada a perseguir el deseo innato en el corazón de cada hombre y de cada mujer: la felicidad. Todas las facultades del ser humano son purificadas, transformadas y elevadas por la gracia divina.

(...) Santo Tomás, subrayando el papel fundamental, en la vida moral, de la acción del Espíritu Santo, de la gracia, de la que brotan las virtudes teologales y morales, hace comprender que todo cristiano puede alcanzar las altas perspectivas del «Sermón de la Montaña» si vive una relación auténtica de fe en Cristo, si se abre a la acción de su Santo Espíritu. Pero –añade el Aquinate– «aunque la gracia es más eficaz que la naturaleza, con todo la naturaleza es más esencial para el hombre» (*Summa theologiae*, I^a, q. 29, a. 3), por lo que, en la perspectiva moral cristiana, hay un lugar para la razón, la cual es capaz de discernir la ley moral natural. La razón puede reconocerla considerando lo que es bueno hacer y lo que es bueno evitar para conseguir esa felicidad que está en el corazón de cada uno, y que impone también una responsabilidad hacia los demás, y por tanto, la búsqueda del bien común. En otras palabras, las virtudes del hombre, teologales y morales, están arraigadas en la naturaleza humana. La gracia divina acompaña, sostiene y empuja el compromiso ético, pero, de por sí, según santo Tomás, todos los hombres, creyentes y no creyentes, están llamados a reconocer las exigencias de la naturaleza humana expresadas en la ley natural y a inspirarse en ella en la formulación de las leyes positivas, es decir, las que emanan las autoridades civiles y políticas para regular la convivencia humana.

Cuando la ley natural y la responsabilidad que esta implica se niegan, se abre dramáticamente el camino al relativismo ético en el plano individual y al totalitarismo del Estado en el plano político. La defensa de los derechos universales del hombre y la afirmación del valor absoluto de la dignidad de la persona postulan un fundamento. ¿No es precisamente la ley natural este fundamento, con los valores no negociables que ésta indica? El venerable Juan Pablo II escribía en su encíclica *Evangelium vitae* palabras que siguen siendo de gran actualidad: «Para el futuro de la sociedad y el desarrollo de una sana democracia, urge pues descubrir de nuevo la existencia de valores humanos y morales esenciales y originarios, que derivan de la verdad misma del ser humano y expresan y tutelan la dignidad de la persona. Son valores, por tanto, que ningún individuo, ninguna mayoría y ningún Estado nunca pueden crear, modificar o destruir, sino que deben sólo reconocer, respetar y promover» (n. 71).

BENEDICTO XVI (16 de junio de 2010)